

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

BURTON HARE

EN TOKIO TAMBIEN SE MUERE







COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

3— Lady serpiente - *Clark Carrados*

4— El agua dormida - *Lou Carrigan*

5—¡Misses, a la pasarela! -*Ralph Barby*

6—El caballero y el dragón - *Clark Carrados*

7— Satori - *Lou Carrigan*

BURTON HARE

EN TOKIO
TAMBIÉN SE MUERE

Colección KIAI n.° 8
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 52.321 -1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1977

Documentación gráfica facilitada por la sala de judo Shudo-Kan

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

1

Mike Shannon parpadeó y durante unos instantes no reconoció el lugar en que se hallaba. Las ventanas del *shoji* dejaban penetrar brillantes rayos de sol, y sus recuerdos morían en horas de la noche,

Comprobó que estaba tendido sobre una estera de paja y que el techo estaba formado por las típicas y delgadas placas de madera que podían verse en todas las casas de esta clase.

Sólo que no recordaba cuándo había llegado a ella, ni cómo. Por supuesto, ése no era su domicilio japonés.

Suspiró al incorporarse y entonces vio un hermoso *kimono* colgado de una rústica percha fabricada con un internacional clavo enmohecido. El kimono tenía flores bordadas de todos los colores del arco iris. El clavo no tenía nada. Era sólo un pedazo de metal que delataba la categoría de ese *shoji* en particular.

Entonces recordó y casi dio un brinco, porque el recuerdo le trajo la imagen de una bellísima y delicada nena de ojos almendrados, pechos altivos y desafiantes, unas caderas deliciosas y un cúmulo de encantos que merecían un más largo y detallado examen del que recordaba haberla sometido.

Miró en torno y no vio otra cosa que sus propias ropas, aparte del kimono de la *nena-san* que parecía haberse desvanecido en el aire.

La segunda estera aparecía arrugada. Alguien había dormido en ella. De pronto recordó el nombre: *Yoshiro.*

Se miró a sí mismo y no se sintió muy satisfecho precisamente.

Entonces vio algo más. Eran sólo unas pequeñas manchas en el suelo de madera. Manchas de un oscuro color pardo, junto a uno de los tableros deslizantes que formaban las paredes del diminuto cuarto. Encajados en ranuras, estos tableros pueden quitarse y ponerse para hacer más grande o más pequeña cualquier habitación.

Junto a uno de ellos estaban las manchas de sangre.

Shannon se aproximó a ellas cauteloso, como si temiera que fueran a saltarle a la cara. Era sangre sin duda. Había visto mucha antes para equivocarse.

Volvió atrás y se puso los pantalones. Descalzo, apartó el tablero frente al cual aparecían las manchas.

Yoshiro estaba al otro lado, sólo que ya no era hermosa, ni sus pechos eran desafiantes, ni sus caderas tentadoras. La muchacha era una masa de sangre y carne desgarrada. Una ancha tira de esparadrapo cubría su boca y sus bonitos ojos almendrados eran ahora

dos inmensos globos de cristal llenos de terror fijos en el techo.

Mike la observó unos instantes sintiendo cómo se le encabritaba el estómago. Apenas podía creer en lo que veía, porque parecía increíble que alguien hubiera podido cometer tamaña salvajada sin que él despertara al oír el ruido, o los ahogados lamentos de la bellísima muchacha.

Quienquiera que hubiese hecho esa carnicería no merecía vivir, pensó.

Acabó de vestirse. Estaba a punto de salir cuando oyó un rumor al otro lado de la puerta, y al abrirse ésta aparecieron dos hombres curiosamente distintos entre sí.

Uno era un japonés, bajito y fornido.

El otro, una especie de gigante con una pequeña cabeza rapada sobre unos hombros como un piano.

Los dos parecieron muy sorprendidos al verle de pie.

Mike gruñó:

—¿Qué pasa, esperaban encontrar a alguien más?

—Fuera —silbó el japonés.

—Poco a poco. Vean primero lo que hay detrás de ese tablero. Supongo que han venido a recogerla...

—Salga.

El japonés se separó de su compañero para dejar expedito el paso hacia la puerta. Shannon titubeó porque semejante actitud le desconcertaba.

—¿La mataron ustedes? —insistió, sin moverse.

—Salga. No hable, no pregunte.

—Bueno.

Mike avanzó para pasar entre los dos. El gigante parecido a una enorme montaña de músculos no se movió. Pero el pequeño japonés sí lo hizo.

Su brazo derecho cimbreó en el aire con una chispa de plata en el puño. Shannon atrapó la muñeca armada con su izquierda y golpeó con el filo de la mano derecha su brazo tenso, un poco arriba del codo. Giró con rapidez hacia fuera y levantó el brazo de su adversario por encima de su hombro al tiempo que le hundía la articulación del codo en las costillas. El hombrecillo chilló.

En ese momento el gigante pareció salir de su inmovilidad.

Mike levantó el brazo armado y salvajemente lo bajó sobre su hombro. Las articulaciones del codo se rompieron en mil fragmentos y el japonés lanzó un tremendo aullido.

Shannon le soltó cuando ya el gigante le atrapaba. Una zarpa de hierro se cerró sobre su hombro casi levantándole en vilo.

Mike Shannon volteó la mano y su filo endurecido pegó contra un lado de la cabeza rapada. El enorme individuo le soltó y dio un

traspié.

—Karate, *¿né?* —farfulló.

Instantáneamente adoptó la posición *kokutsu-dachi* o postura atrás, sus grandes manos listas para entrar en liza.

Mike Shannon le observó con cautela. Comprendía que una lucha a muerte con aquel hércules, si era un experto karateka, muy bien pudiera terminar de modo fatal para él. La situación no admitía florituras, ni ceremonial de ningún género.

Brincó en el aire y disparó una patada lateral. Su pie cazó de lleno la cara del adversario, desequilibrándole y obligándole a retroceder.

A otro luchador menos musculado que aquel fenómeno, semejante golpe seguramente le habría hundido los huesos de la cara.

El gigante gruñó sacudiendo la cabeza. Sus ojillos echaban chispas. Se enfurecía por instantes.

Shannon amagó una estocada con la izquierda y el gigante descargó un hachazo sobre aquella mano. Falló, porque la finta no era más que una trampa. Aún trastabillaba cuando la derecha de Mike le golpeó el pómulo con el filo endurecido. Un chasquido seco anunció que un hueso se había quebrado. El hombrón rugió de dolor.

Un golpe de mano-lanza en la cara casi acabó con la lucha, porque Mike lo descargó con toda su furia. Pero el grandullón tiró la cabeza atrás y las puntas de los dedos no pudieron emplear toda la potencia con que estaban respaldados.

Rugiendo, el gran adversario de Shannon se tomó tiempo. Jadeaba enfurecido y eso es un mal negocio para un luchador.

Después atacó, y lo hizo brutalmente, blandiendo sus enormes manos como hachas. Shannon, se dedicó a esquivar aquel torbellino moviéndose con extraordinaria agilidad sobre sus piernas y cintura.

De pronto vio su oportunidad y la aprovechó, Su brazo derecho se distendió como una serpiente, cortó el aire y golpeó la frente del titán con un impacto terrorífico, entre los dos ojos.

Esta vez, el golpe fue suficiente. Partículas del hueso astillado debieron incrustársele en el cerebro lo mismo que proyectiles de pistola. Cayó fulminado y ya no se movió.

Mike Shannon trató de flexionar la mano derecha y un tremendo dolor le hizo dar un respingo. Demasiado tiempo sin practicar, sin entrenarse. La mano pagaba ahora las consecuencias de la molicie y una vida demasiado placentera.

Se volvió hacia el pequeño japonés. Vio que el dolor le había producido un profundo desmayo y soltó un gruñido. No comprendía nada de todo aquello. Ni la salvaje muerte de la hermosa muchacha, ni el sueño tan pesado que le había mantenido ajeno al drama, ni mucho menos la presencia de los dos desconocidos.

Inclinándose sobre el derribado hércules comprobó que estaba muerto. Iba a ser un buen lío.

La mano le dolía cada vez más. Se la acarició con la izquierda mientras reflexionaba a toda presión.

Entonces, la puerta se abrió de nuevo y un hombre quedó recortado en el umbral. Era un japonés alto, delgado, vestido con absoluta corrección y cuyos ojos vivos examinaron con evidente sorpresa el panorama que se le ofrecía

Mike gruñó:

—Si estos dos monos eran sus amigos, la fiesta no ha terminado todavía. Entre y cierre la puerta si quiere discutir

—Ese hombre está muerto —dijo señalando al grandote.

Hablaba un inglés cuidado, impecable.

—Sí.

Detrás del recién llegado apareció entonces un policía de uniforme. Shannon empezó a preocuparse.

—Soy el inspector Matsuda —se presentó el hombre, entrando seguido del agente uniformado—. Agradeceré mucho una explicación de lo sucedido aquí, señor...

—Shannon, Mike Shannon.

El agente cerró la puerta y se quedó apoyado de espaldas en ella.

—Señor Shannon... ¿Qué pasó?

—Hay algo más que usted debe ver.

Cuando el inspector contempló el destrozado cadáver de la muchacha emitió un resoplido de ira. Eso fue todo. Su expresión no se alteró.

—Supongo que no fue usted quien hizo eso —dijo—. Llevaría sangre hasta en los cabellos.

—No lo hice.

—Entonces, ¿esos dos?

—Lo ignoro.

—Bien, cuénteme.

Entretanto se había inclinado sobre el desvanecido asaltante. No lo tocó, limitándose a examinarle el brazo torcido en un ángulo absurdo.

—Vine aquí anoche —dijo Mike, pensativo—. Con la chica. Se llamaba Yoshiro, por lo menos eso me contó. Recuerdo que se reía mucho. Bebimos unas tazas de licor de arroz y ahí se esfuma mi memoria. Ya no sé nada más. Luego, esta mañana, desperté y la encontré tal como está, y apenas acababa de descubrirla cuando llegaron estos dos fulanos...

—¿Fulanos?

—Esos dos hijos de cien padres —rechinó Shannon, furioso—. El pequeñajo quiso ensartarme con su cuchillo. El otro sólo quería

descuartizarme con sus manazas desnudas.

—Entiendo... ¿Cómo pudo vencerlos?

—Tuve mucha suerte.

—Sí, suerte, sus manos, por favor.

—¿Qué?

—Déjeme ver sus manos.

Con un suspiro de resignación, Mike tendió sus dos manos.

Matsuda tanteó los duros bordes. Hizo una expresiva mueca.

—Karate —refunfuñó—. Lo supe en cuanto vi el aspecto del muerto. ¿Dónde lo aprendió, señor Shannon?

—Un poco aquí y otro poco allá, ya sabe...

—Yo no sé. Más concreto, por favor.

—Mis primeras nociones las obtuve en Estados Unidos. Luego en Vietnam, y finalmente aquí, en el *dojo* del profesor Okamura.

El inspector asintió lentamente.

—Okamura es el mejor maestro que pudo usted encontrar, señor Shannon —asintió—. ¿Dónde conoció a esa desgraciada?

—En un restaurante. Cenamos juntos y luego vinimos aquí. Ella dijo que éste era un lugar muy tranquilo.

Matsuda hizo una mueca al pensar cuánto se había equivocado la pobre chica.

—Veamos si comprendo —rezongó—. La asesinaron aquí, detrás de esos tableros, de eso no cabe duda. Y usted no oyó nada. No vio nada... ¿Es así?

—Ni más ni menos. Supongo que ella me narcotizó por alguna razón.

—¿Ella?

—Yo no bebí en compañía de nadie más. Sólo ella pudo hacerlo.

—Perdón, ¿dónde está la botella, y las tazas?

Shannon miró en torno y arrugó el ceno.

—Estaba aquí anoche... Lo recuerdo perfectamente.

—Ya no está. Alguien la quitó. Entonces, parece que el narcótico estaba en la botella, señor Shannon. Y si les narcotizaron a los dos todo el aspecto de este asunto varía por completo.

—Estoy hecho un lío.

—Yo diría que está «metido» en un lío, señor Shannon.

—¿Por qué? Ya le dije lo qué pasó. Fui víctima en todo caso.

—Veremos.

Volviéndose, dio unas rápidas órdenes al agente uniformado. En sus labios, el florido idioma japonés sonaba como disparos de una ametralladora.

El agente se cuadró y salió disparado cerrando la puerta a sus espaldas.

—Ahora quizá debamos ocuparnos de su amigo inconsciente,

¿no le parece?

—No es mi amigo. Quisiera verlo ahorcado.

Matsuda rió entre dientes. Inclinándose sobre el desvanecido cuchillero, volteó la mano y le sacudió tan tremenda bofetada que casi lo tiró al otro lado del cuarto.

Tal vez quiso demostrar que, en todo caso, no era amigo suyo...

El hombrecillo empezó a chillar aun antes de haberse detenido. Eso demostraba que cuando el inspector le había sacudido no estaba ya inconsciente. Sin embargo, demostraba también que poseía un feroz dominio de sí mismo, por cuanto el brazo astillado debía dolerle como el infierno y hasta entonces había podido permanecer inmóvil y silencioso.

Matsuda gruñó:

—No levantes la voz, Inoguchi, o te arrancaré la lengua. Siéntate.

—¿Le conoce? —balbuceó Mike.

—Es un sucio pandillero de la sección de Shibuya. Muy conocido.

—¿Y el otro, el grandote?

—A ése no le conocía. Debe ser forastero. ¿Era forastero, Inoguchi?

No hubo respuesta alguna. El pequeño japonés miraba al inspector con ojos chispeantes, pero sus labios permanecían firmemente cerrados.

—Esas ratas nunca hablan —comentó el inspector con un largo suspiro—. Sólo nos queda el consuelo de sacudirles un poco. Es el único castigo que reciben, porque luego los tribunales resultan lentos y blandos... ¿No es cierto, Inoguchi?

Tampoco hubo ninguna reacción.

Matsuda añadió:

— Ese brazo tuyo... tiene muy mal aspecto. Si no te atiende pronto un médico lo más seguro es que lo pierdas... Un mal negocio, Inoguchi, porque entonces no podrías manejar el cuchillo. ¿0 acaso eres también zurdo?

—Yo no hablo. No sé nada.

—Claro.

Le golpeó de nuevo con la mano plana. Una bofetada que casi le arrancó la cabeza al pequeñajo, y que lo tiró de bruces contra la pared de madera. Shannon pensó que iba a atravesarla, pero el mamparo osciló violentamente y eso fue todo.

El cuchillero dio dos vueltas sobre sí mismo rodando por el suelo, ahogando los alaridos de dolor que pugnaban por escapársele, porque cada movimiento de su brazo roto era una tortura demencial.

Calmoso, Matsuda se le aproximó otra vez.

—¿Quién mató a la *muchacha-san,* Inoguchi?

—Yo no sé.

—Sí, sabes. ¿Quién?

—No hablo, no sé nada.

Estaba tumbado de costado en el suelo. El inspector alargó la pierna y apoyó el pie sobre el brazo roto. Hizo presión.

Inoguchi boqueó y al fin fue incapaz de contenerse y un largo aullido brotó de su garganta.

—¿Te duele? —se interesó el inspector amablemente.

—¡Déjeme!

—¿Quién la mató?

—¡No lo sé!

El pie presionó un poco más, no mucho.

El hombrecillo soltó un alarido que hizo oscilar los tableros de madera. Luego, se desmayó.

Matsuda se encogió de hombros y levantó el pie, apartándose del inconsciente cuchillero.

—Ya dije que esas ratas nunca hablan...

Shannon gruñó:

—Esos métodos suyos, inspector...

—No se deje impresionar por tan poca cosa. Estamos en desventaja con esta clase de criminales, de modo que cualquier método es bueno para obtener resultados. De cualquier modo, terminemos con usted antes que lleguen mis hombres. ¿Dónde vive, aquí, en Tokio?

—En Zaka-Hill. Compré allí una casa.

—¿Compró?

—Eso dije.

—Lo cual equivale a que posee usted permito de residencia indefinido...

—Así es. Cuando acabó la porquería de Vietnam decidí quedarme en Tokio por algún tiempo.

—¿Alguna razón especial para esa elección?

—Oh, bueno... Hubo varias razones. Primero, quería perfeccionar mis conocimientos de .karate. Después, las nuevas generaciones de mujeres japonesas influyeron en gran medida.

—¿Es que en su país no hay mujeres hermosas? —refunfuñó el inspector—. ¿O son más difíciles?

—Al revés.

—No comprendo.

—Son mucho más fáciles, y ahí estriba la diferencia entre ellas y las muchachas japonesas. El día que aquí se hayan emancipado como en América habrán perdido todo su encanto.

—Entiendo...

Volvió a dedicar su atención al cuchillero. Le agarró por los cabellos, enderezándole y dejándolo sentado con la espalda apoyada

en la pared.

—No hagas más teatro, Inoguchi —le advirtió—. Tú y yo no hemos hecho más que empezar a conocemos. Veamos. . ¿Quién era tu grandote amigo?

—No lo sé. Me dijeron que... que él me ayudaría. Eso es todo.

—*¿A* qué debía ayudarte?

—No hablo más.

—¿Cómo se llamaba él?

—Teng Li.

—¿Era chino?

—Parece.

—¿Quién te ordenó hacer algo en su compañía?

El hombrecillo sacudió la cabeza de un lado a otro.

Matsuda suspiró resignadamente.

—Yo no daría ni un solo yen por tu brazo, Inoguchi dijo como si eso le preocupara profundamente—. Se le va a gangrenar.

—Tienen que traer un médico.

—Aquí no hay teléfono. Y como no quieres colaborar, imagino que deberé interrogarte durante las próximas doce horas como mínimo. Dentro de doce horas, cuando te meta en una celda, tu brazo estará gangrenado.

—¡Usted es policía, no puede hacer eso! —chilló el herido.

—Mi deber me exige interrogarte y obtener resultados cuanto antes. Así que voy a seguir interrogándote el resto del día y de la noche, si es preciso.

Los ojillos de rata del individuo giraron en todas direcciones. Se detuvieron suplicantes en la cara de Mike Shannon, pero lo que debieron ver allí no fue ningún consuelo, porque los apartó de golpe y gimoteó:

—¡Su deber es llevarme a un médico!

—¿Pretendes enseñarme mi trabajo?

El rufián cerró la boca con obstinación.

Shannon comentó:

—No parece que vaya a llegar usted a ninguna parte con este tipejo, inspector.

—Siempre son difíciles. Han crecido en la impunidad y eso los ha hecho muy duros. Ellos son demasiados y nosotros muy pocos, en una ciudad que se ha convertido en un monstruo incontrolable. Por eso dije antes que nosotros estábamos en desventaja.

Miró al herido como preguntándose qué nueva jugarreta podría hacerle para fastidiarle. Sus ojos oblicuos y vivos chispeaban llenos de cólera al pensar en la muchacha destrozada más allá del mamparo de madera,

—¿Todo lo que usted supo de ella es que se llamaba Yoshiro?

—Ciertamente. Sólo habíamos empezado a conocer nos.

—Comprendo, Yoshiro... Una muchacha llamada Yoshiro pasó una noche con un americano llamado O'Brayan. El americano apareció muerto a la mañana siguiente, en un canal. Otro americano llamado Torrell fue encontrado torturado y degollado. Había pasado una noche con una joven cuyas señas correspondían también a la del primero. Y un tercero, cuyo nombre era Morgan, fue hallado con el cuerpo quemado. También había sido visto con una *muchacha-san* que se parecía mucho a la que conocíamos por Yoshiro. Todos esos americanos habían luchado en Vietnam, señor Shannon

Mike se quedó helado.

—¿Pretende que todas esas muertes están relaciona das?

—Es sólo una idea. Usted también peleó en Vietnam.

—Sí. Pero allí lucharon más de medio millón de americanos.

—No comprendo bien todo lo que está pasando. Pero hay una relación. Esa muchacha lo confirma. La primera noticia, la muerte de O'Brayan, sacó a la luz el nombre y la descripción de una mujer llamada Yoshiro. Las otras muertes nos trajeron sólo la descripción de la mujer... y siempre encajaba perfectamente con la tal Yoshiro. Y ahora, esto... Quizá la chica se cansó de colaborar.

—¿Colaborar en qué?

Matsuda se encogió de hombros.

—No lo sabemos. A menos que nuestro pequeño amigo hable. ¿Oíste, Inoguchi?

—No sé nada.

—Pienso que vas a perder algo más que el brazo —comentó el inspector con calma—. Anóteme sus señas exactas en un papel, señor Shannon, y váyase. Aquí no puede hacer nada.

Una mirada de pánico chispeó en los ojillos del herido. Por lo visto, quedarse a solas con el inspector no era precisamente lo que más deseaba.

Mike hizo lo que le pedían. Luego dijo:

—No sé cuándo regresaré a mi domicilio, inspector. Me duele mucho esta mano y quiero que el maestro Okamura le dé un vistazo. Después buscaré una buena casa de baños.

—Las hay a centenares en Tokio... Es curioso. Su compatriota O'Brayan fue encontrado en un canal, justo detrás de una casa de baños muy exclusiva... Casa de Baños Ozawa...

Shannon le observó con el ceño fruncido. Si el policía había querido significar algo determinado con aquello, no lo reflejaba en su cara de palo.

—¿Es una buena casa? —preguntó.

—De las mejores. Está en Shimbashi.

—Tal vez vaya a que me estrujen en ella, inspector. ¿Me

comunicará si averigua por qué mataron a Yoshiro?

—Oh, naturalmente que sí. Ahora hablaremos un poco más Inoguchi y yo. Tal vez me diga algo.

Mike miró al hombrecillo hecho un ovillo en el suelo. Luego, se dirigió a la puerta sin apenas dedicar una mirada al gigante muerto.

Era muy raro que el inspector le dejara marchar sin más después de haber matado a un hombre. Eso le preocupó durante todo el recorrido hasta el establecimiento de comidas que le salió al encuentro.

Un tazón de fideos de a cien yens y un poco de arroz frito y se encontró en condiciones de realizar la primera visita.

De nuevo en la calle, hizo señas a un pequeño taxi y acomodándose en el asiento dio una dirección de Suidobashi.

Hasta que el taxi estuvo en marcha no cayó en la cuenta de que en el asiento delantero iban dos hombres.

* * *

Bueno, ya estaba hecho. Los taxis de Tokio, normalmente, sólo llevan el conductor en el asiento delantero.

Shannon había tomado un «taxi pirata» o «taxi pañuelo».

En un tiempo hubo verdaderas flotas de esos taxis ilegales. Después, las campañas de la ley los barrieron y sólo quedaron los pocos controlados por auténticos tipos rudos, aunque introdujeron una ligera variante en sus métodos; al pagar el recorrido, entregaban un tosco pañuelo barato al pasajero. De este modo, el estafado no pagaba por el viaje, sino por el pañuelo y de ahí les venía el nombre.

Hicieron el recorrido por el camino más recto. Luego, y por propia iniciativa del chófer, el taxi se deslizó por una calleja desierta y se detuvo.

Los dos hombres se volvieron en el asiento. Sus caras parecían talladas en piedra. Tal vez fueran también tan duras como las piedras.

—Tres mil yens dinero pasaje, por favor —dijo el chófer.

Shannon enseñó los dientes en una mueca.

—¿Incluyes la propina, hijo de tal por cual?

—Tres mil yens. Yo dar pañuelo.

Recurriendo a sus buenos conocimientos del idioma japonés, Mike Shannon le dijo con ejemplos gráficos lo qué podía hacer con el pañuelo y dónde podía metérselo. Después mencionó a su padre y a sus antepasados en términos que no hubieran enorgullecido a nadie y luego terminó:

—Va alagarte tres mil yens el bastardo que se acuesta con tu mujer. Yo, no.

Los dos individuos se miraron sonrientes. Tenían un tonto americano y estaban contentos. Los tontos americanos llevaban

dólares en la cartera.

Inopinadamente, el chófer levantó la mano izquierda por encima del respaldo del asiento y mostró una afilada navaja.

—No pagas te cortamos —anunció.

El otro pensó que la cosa aún no estaba lo bastante clara y añadió:

—Te cortamos orejas para empezar.

Mike retrocedió hundiéndose materialmente en el asiento. Las rodillas le tocaban el mentón en su forzada postura. Los dos rufianes se rieron a carcajadas ante aquella demostración de temor del tonto americano.

No advirtieron que en esa posición, Shannon se encontraba listo para patear a ambos lados.

El del cuchillo adelantó la mano armada. De momento sólo quería asustar un poco más a su pasajero. Les quedaba tiempo para cortarle la cara como advertencia.

Mike Shannon no estaba dispuesto a que le cortaran nada.

Con tremendo impulso disparó los pies contra las caras que asomaban por encima del respaldo. El tacón de cuero del zapato derecho pegó en la cara del matón desarmado, sobre el labio superior, y siguió hacia arriba rasgando los tejidos y levantando la nariz achatada, instantáneamente provocó una tremenda hemorragia.

La punta del zapato izquierdo retumbó contra la quijada del chófer. Sonó un crujido y quijada y mandíbula fueron sacadas fuera de su articulación.

Tras esto, Shannon abrió la portezuela y saltó fuera del coche, dentro del cual sonaban sordos quejidos. Dio un vistazo por la ventanilla delantera. El matón chapoteaba entre la sangre tratando de poner la nariz otra vez en su sitio. El del cuchillo no hacía nada. Simplemente, se había desmayado.

Así que amablemente Shannon dijo:

—Ese pañuelo del que habló... ahora puede servirle, ¿sí?

Se alejó a buen paso y pronto se encontró sumergido en la espesa multitud que llena las arterias de Tokio a cualquier hora del día.

El *dojo* de entrenamiento del maestro Okamura formaba esquina en dos calles estrechas. No había ningún rótulo, ningún aviso de lo que se escondía dentro de la casa.

Una vez dentro la cosa cambiaba por completo. Se respiraba el karate hasta en el polvillo que flotaba en el aire denso del local.

El maestro estaba dando las primeras nociones a un pequeño grupo de neófitos, de modo que Mike se fue al vestuario y cambió sus ropas por la clásica prenda de uniforme: el *karategui,* más el cinturón negro que indicaba su grado en el arte, y fue a sentarse

silenciosamente en la última fila de los aprendices que escuchaban al profesor.

Este explicaba los principios del karate. Una persona que lo estudiara debía considerarlo únicamente un arte defensivo, por cuanto si uno lo utiliza en forma equivocada se convierte en un asesino.

El principio básico del karate no es matar al adversario, sino defenderse de un oponente que ha provocado una agresión. Sólo se pone uno a la ofensiva en cuanto es atacado por el enemigo. Cuando un enemigo ataca uno debe aprovechar inmediatamente la acción del adversario en beneficio propio, seguía diciendo el profesor.

Y añadía que el poder mental juega una gran baza en el karate. El alumno necesita concentrar toda la fuerza del cuerpo, la mente y el espíritu, en el punto de contacto del instrumento con que se ataca, sea la mano, el pie, el codo, las puntas de los dedos...

Shannon sabía eso de memoria. Cuando la conferencia terminó, todos apoyaron los puños en el suelo e inclinaron la cabeza, pues en el arte del karate, como en la mayoría de las cosas orientales, todo empieza con cortesías y termina con cortesías..., excepto cuando ínter | vienen cuchilleros y gentes así y uno debe echar por la borda el ceremonial acostumbrado.

El profesor dejó a sus ayudantes el cuidado de los ejercicios de los principiantes y se acercó a Mike.

—Mucho tiempo ausente —dijo—. Eso es malo para karateka...

—Y usted que lo diga, maestro. Mire esta mano.

El japonés examinó la mano derecha de Shannon y esbozó una mueca de desagrado.

—Sólo el hombre es responsable de la estupidez del hombre, Shannon —dijo—. Usted ha sido un estúpido.

Le envió a un rincón del *dojo* y le puso a golpear un bulto doblado de paja, de unos treinta centímetros de longitud, atado a un pilar de madera. Después de los primeros golpes la mano le dolió como un infierno, pero continuó golpeando porque no ignoraba que la única forma de librarse del dolor y devolver toda su potencia a la mano era pegar y pegar hasta que ya no sintiera el dolor.

Golpeó un centenar de veces, primero en *tetsui,* el puño cerrado, y después con *nukite,* las puntas de los dedos separadas.

Media hora más tarde el sudor corría a chorros por todo su cuerpo empapando las ropas, pero los dedos se hundían en la paja prensada hasta golpear el pilar de madera cada vez.

El profesor Okamura aún esperó quince minutos más. Entonces le hizo meterse en la ducha y la sesión terminó. Shannon comprobó que la mano ya no le dolía, pero estaba inflamada y roja.

—Volver mañana —dijo el japonés—. Y el otro y todos los días hasta estar fuerte,

—De acuerdo.
—Y no pelear.
—De momento no necesito pelear, maestro. Sólo un buen masaje y una cama. Es cierto que estoy hecho migas...
—¿Migas?
—Hecho polvo. Oh, bueno, destrozado, ¿entiende?
Se fue a la calle sintiendo un leve cosquilleo en la inflamada mano.

* * *

El Tokio metropolitano es un gigantesco conglomerado de ciudades más pequeñas que se han unido y ahora rodean la bahía en toda su extensión.
La línea del tren eléctrico que sale de la estación llamada de Tokio, pasa por Shimbashi, Shinagawa, Meguro, Shibuya, Shinjuku, Ikebukuro, Ueno, Asakusa, continúa a través de Ochanumizu y regresa a la estación de Tokio, la gran estructura de ladrillo rojo frente a la plaza del palacio del emperador.
Shannon descendió del veloz ferrocarril en una estación de Shimbashi y tras orientarse echó a andar por entre el gentío.
A veces había pensado en lo imposible que resultaría descubrir a quien le siguiera, si realmente alguien decidiera seguirle en cualquier ocasión. La masa de gente era densa y apretada y parecía moverse al unísono, como un solo cuerpo con millares de piernas.
Uno se sentía perdido entre esos miles y miles de hombres y mujeres apresurados. Perdido, solo y desamparado.
No obstante, mientras caminaba a buen paso para seguir el ritmo de la multitud, le asaltó una extraña sensación, algo como un inquietante cosquilleo en la nuca.
Se pegó a la pared de una tienda, deteniéndose. Miró atrás, a la marea de caras semejantes que desfilaban ante él. Si alguien le seguía estaba allí, inmerso también en el océano ondulante de cabezas que desfilaban sin prestarle la menor atención.
Reanudó su camino inquieto por una sensación que no experimentaba muy a menudo. Cuando al fin descubrió el establecimiento que buscaba, se detuvo una vez más y trató de comprobar si alguien demostraba un interés específico hacia él,
Por descontado, había demasiada gente para tranquilizarse. Cualquiera de cuantos estaban parados aquí y allá podía ser un potencial perseguidor. O esos dos individuos silenciosos que caminaban despacio cerca de él, como inmersos en profundas meditaciones.
Gruñó entre dientes, disgustado, y al fin se dirigió a la puerta de la casa de baños.

Se encontró en un vestíbulo diminuto, alumbrado por luces ocultas y en el que flotaba un suave aroma a espliego. Una bonita muchacha estaba sentada detrás de una pequeña mesa.

Sonrió mostrando dos hileras de pequeños dientes blancos y brillantes.

—¿Qué desea, baño de vapor o masaje?

—Las dos cosas.

Examinó a Shannon de arriba abajo. Fue una mirada profesional, pero a él se le antojó que estaba adivinándole hasta el número de sus calcetines.

—Hombre grande, muchos músculos —runruneó la recepcionista —. Usted buen masaje, *¿né?*

—Si tú lo dices.

—Noriko buenas manos. Suba escalera. Noriko espera.

—¿Y cómo sabe que voy a subir?

Y descolgó un teléfono interior.

Mike Shannon se encaminó a las escaleras. En cierta forma era el propio inspector Matsuda quien le había recomendado ese establecimiento. Esperó que por lo menos e] servicio fuera satisfactorio.

Cuando llegó arriba y vio a Noriko ya no tuvo dudas de que sería todo lo satisfactorio que hubiera podido imaginar.

Era una nena de ensueño metida en una bata blanca corta hasta más arriba de las rodillas y parada sobre unas largas piernas, esculturales y de finos tobillos.

Mike Shannon la recorrió descaradamente con la mirada. Bajo la bata blanca se proyectaban sus pequeños senos, agudos y firmes, y podían adivinarse las redondas caderas que realzaban la delgada cintura.

Esas nuevas generaciones de mujeres japonesas ya no tenían nada que ver con las que les precedieron. Ahora eran altas, hermosas, llenas de vitalidad y encanto. Ya no ocultaban las curvas de sus cuerpos soberbios como hicieran antaño, en que se consideraba de pésimo gusto dejar que los pechos proyectaran la tela de los vestidos hacia adelante.

—Yo, Noriko —se presentó—. Tú venir conmigo.

Shannon la siguió hasta la puerta de cristal esmerilado de un gabinete. Iba a entrar en él cuando ella le detuvo con un gesto perentorio.

—Quita zapatos —ordenó.

—Claro, lo había olvidado.

Dejó los zapatos en el pasillo apuntando al interior del gabinete y entró. Ella cerró la puerta y atravesaron una salita parecida a un armario ropero.

Había más allá el cuarto de vapor, una mesa de masaje, un tocador con espejo y una mesita abarrotada de tarros de cremas y perfumes.

Mike Shannon tenía numerosas experiencias de esas jóvenes masajistas, así que se desnudó rápidamente antes que ella decidiera ayudarle y entró en el gabinete de vapor.

La muchacha cerró la portezuela, colocó las secciones de madera en torno a su cuello y abrió la llave del vapor.

El vapor caliente se precipitó silbando dentro de aquella trampa y en unos instantes Shannon sudaba como un forzado.

Mientras él se cocía a marchas forzadas, la joven hizo deslizarse un mamparo de cristal y apareció una bañera empotrada. Comenzó a llenarla y vertió el contenido de un pequeño frasco en su interior. Instantáneamente un penetrante aroma dulzón invadió la cargada atmósfera, que iba calentándose por instantes, tanto a causa del vapor como del agua caliente que entraba en la bañera.

De nuevo se aproximó a Shannon moviéndose como si flotara en el aire. Le miró sonriendo y preguntó:

—¿Qué deseas, pequeño o gran masaje?

—¿Hay mucha diferencia entre uno y otro?

—Muy mucha diferencia.

—Gran masaje entonces.

—Cinco mil yens, completo.

—Muy bien.

Sonrió, más alegre que una fiesta. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por su rostro de piel tan suave como el terciopelo. Tomó una toalla pequeña y secó la frente de Mike con extraordinaria delicadeza.

El dijo:

—Ya basta de vapor. Un poco más y me derretiré como una pastilla de mantequilla.

—No basta. Más.

—Te aseguro que estoy bien cocido.

—Más.

Y se apartó de nuevo para elegir algunos de los frascos y tarros que estaban en la mesa, los cuales apartó a un lado para ser utilizados.

—Cuando abras este chisme sólo encontrarás mi cabeza, lo creas o no. Me estoy desintegrando.

—Tú fuerte. Grandes músculos no derriten, sólo grasa.

—¿Grasa? A este paso no va a quedarme la suficiente ni siquiera para engrasar la maquinaria de un reloj de pulsera...

Otra vez volvió a reírse. Pero dejó pasar el tiempo que ella consideraba necesario antes de cerrar los chorros de vapor.

—Ahora, baño —ordenó mientras le liberaba de semejante cepo —. Agua caliente y perfume abrir poro.

El agua era vaporizante y le produjo a Shannon una instantánea sensación de bienestar, mientras el suave perfume le envolvía.

La muchacha sudaba ya en abundancia y una fina neblina de vapor llenaba la estancia. Con gestos naturales se despojó de la corta bata blanca y Shannon casi saltó fuera de la bañera.

Tenía un cuerpo tan sinuoso como él había imaginado, sólo que aún más rotundo en sus formas vitales y majestuosas. Llevaba un dos piezas diminuto por todo vestuario. De cualquier modo lo mismo hubiera sido si hubiese quedado totalmente desnuda.

La operación de secado provocó algunas dificultades, porque a pesar de sus anteriores experiencias, a Shannon siempre le había alterado la situación. Todavía no había logrado mentalizarse lo suficiente como para comprender y admitir la absoluta naturalidad y la indiferencia que los japoneses sienten hacia el cuerpo desnudo.

—Ahora, tú tiéndete mesa —ordenó Noriko cuando hubo terminado.

Shannon se tendió boca abajo. La muchacha colocó una pequeña

almohada bajo su cara y después desparramó un frío líquido sobre su espalda.

Luego, sus manos ya no tuvieron nada de suaves. Principiaron por el cuello y les hombros, amasando los nudos de músculos, hundiéndose dolorosamente buscando los nervios y los tendones, implacable. Su respiración se alteró por el esfuerzo.

Hizo un buen trabajo. Nadie podía enseñarle nada en su oficio.

Cuando Shannon pensaba y temía que ella le indicaría que diera la vuelta, la muchacha se encaramó sobre la mesa y en un instante estuvo de pie sobre la espalda musculosa. Caminó de un extremo a otro, presionando con los dedos de los pies allí donde era necesario. Luego, con cuidado y equilibrio, sus pies recorrieron las piernas por la parte posterior.

Cuando saltó al suelo jadeaba a causa del esfuerzo.

El ladeó la cabeza para verla. Permanecer quieto con una beldad semejante al alcance de la mano resultaba un ejercicio más duro aún que el masaje.

—Tú cierra ojos —exclamó.

—Pides demasiado.

—Cierra ojos. ¿Quieres que yo vergüenza?

—Nena, aunque no mire sigo viéndote igual.

Pero cerró los ojos.

Entonces agarró y oprimió los músculos de su brazo derecho como si quisiera arrancarlos. Apresó la mano entre las suyas y la retorció y dobló hasta casi arrancarle un grito de dolor.

Después dio vuelta a la mesa y repitió las operaciones en el lado izquierdo. En un momento determinado, apoyó la mano izquierda de Mike sobre su propio cuerpo, como si quisiera sujetarla allí para masajearle mejor los músculos del antebrazo.

Su piel era de una suavidad enervante. Era tibia y perfumada, y a juzgar por el tacto la pieza superior del bikini había desaparecido.

Abrió un ojo y atisbo. Tanta belleza estuvo a punto de deslumbrarle, pero Noriko chilló:

—¡Tú, cierra ojo!

El oprimió la piel suave en su mano, cerró el ojo y tiró de ella imperiosamente.

Con un débil gritito, Noriko se dejó llevar.

Por cinco mil yens, Shannon obtuvo el tratamiento completo.

Se empeñó en ayudarle a vestirse. Noriko sonreía continuamente y se divertía abrochándole los botones de la camisa.

—Escucha, Noriko, quiero seguir viéndote fuera de aquí, donde podamos conocernos mejor tú y yo.

—Ya conocido. Mucho conocido.

Y se echó a reír.

Entonces se oyeron unos secos golpes en la puerta de cristal esmerilado, más allá del gabinete en que se encontraban.

Mike se enfundó la americana mientras ella le dejaba solo. Oyó un breve cuchicheo en rápido japonés y después la voz de Noriko, alterada, que replicaba con brusquedad.

Intentó distinguir las palabras, pero no lo consiguió. Un instante después la muchacha estaba de vuelta y una profunda arruga cruzaba su frente.

—¿Qué pasó, te reprocharon por perder tanto tiempo conmigo?

—Oh, no. Es mi tiempo.

—Bueno... ¿Puedo venir a buscarte esta noche?

Ella levantó la mirada. Por primera vez sus ojos almendrados, dulces y oscuros, se clavaron en la cara de Shannon sosteniéndole la mirada.

—No..., esta noche no. Quizá mañana... *¿né?* Tú, mañana venir.

—Está bien.

—Espera.

Se fue hacia la mesa y abrió un cajón. Extrajo una botella aplanada y volviéndose la levantó para que él la viera.

—¿Cómo se dice? —runruneó—. Un... ¿trago?

El asintió.

—Un trago. Whisky americano.

El tomó la botella. Era de una marca excelente. Comenzó a desenroscar el tapón, pero se interrumpió para sacar un cigarrillo y colocárselo en los labios.

Acabó de abrir la botella. Dijo:

—Olvidé las cerillas, Noriko.

—Yo traer...

Regresó hacia la mesa y comenzó a revolver en los cajones.

Mike aprovechó para vaciar parte del contenido de la botella en la bañera. Cuando ella se volvió con una caja de cerillas en la mano, él estaba enjugándose los labios con el dorso de la mano.

—¿Te gustó? —indagó Noriko.

Su voz tenía un leve trémulo de expectación. Tal vez de

inquietud.

—Es adulterado, pequeña. Whisky falsificado. No sabe como el auténtico.

Le devolvió la aplanada botella. Ella no pudo evitar dar una mirada al contenido, comprobando lo que éste había descendido.

Tras esto guardó la botella en el cajón de la mesa. Él encendió el cigarrillo y dio un par de chupadas.

Hizo una mueca y se pasó la mano por los párpados.

—Ese baño... y después el masaje y todo lo demás...

—¿Qué? —dijo ella.

—Me siento muy débil.

—Ven, siéntate... aquí.

El caminó pesadamente hacia la silla que estaba al lado de la mesa. Se dejó caer en ella y su cabeza osciló.

—Noriko, eres una buena chica.

—No soy buena...

—Sí lo eres.

—¡No! —fue un grito seco, desagradable—, ¡Yo, mala, peor que ramera!

—No digas eso...

A Shannon parecían cerrársele los ojos. Necesitaba hacer esfuerzos para mantener la cabeza erguida.

—Noriko, apenas te veo.

—¡Peor que una serpiente...!

—¿Qué pasa con la luz?

Algo semejante a un sollozo escapó de los labios de la muchacha.

—¡Noriko, no veo nada...!

La oyó sollozar. Eligió ese momento para dejarse vencer hacia adelante. Se deslizó de la silla y cayó de bruces al suelo.

Durante unos instantes la muchacha permaneció inmóvil, de pie a su lado. Luego retrocedió paso a paso mientras luchaba por contener el llanto. Masculló algo entre dientes y, al fin, salló corriendo del gabinete.

Shannon permaneció tan inmóvil como un pedazo de madera. Oyó un nuevo cuchicheo allá fuera, y la voz de Noriko que se alzaba llena de urgente desesperación, Sonó el chasquido de una bofetada y ella gritó.

Las voces callaron y pies calzados con zapatos entraron en la estancia. Por el sonido calculó que eran dos hombres, y nadie les había dicho que dejaran los zapatos fuera.

Los dos hombres se plantaron a su lado, mirándole con sus caras de palo. Ambos eran japoneses, corpulentos y rudos. Cambiaron unas breves palabras con voz ronca y tras esto le levantaron del suelo como

si fuera un fardo.

Le llevaron hacia el pasillo. En él esperaba Noriko. Su hermoso rostro de porcelana estaba tan lívido como la muerte y gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas. Uno de los hombres le soltó un feroz insulto y ella se estremeció.

Caminaron hacia el extremo del pasillo opuesto a la escalera. Abrieron una puerta y descendieron unos peldaños desiguales con su carga. No tenían mucho cuidado al trasladarlo y en ocasiones la cabeza o los pies desnudos de Mike rozaban dolorosamente las paredes de aquel estrecho pozo al que descendían.

Al fin llegaron a un oscuro sótano. Sin una palabra le soltaron y él rebotó contra un duro suelo de piedra donde quedó inmóvil.

Los dos hombres retrocedieron. Se oyó cerrar una puerta y luego el chasquido de una llave al girar en la cerradura.

Shannon se arriesgó a abrir un ojo. Vio un piso sucio y húmedo sobre el que reposaba su mejilla. Unas paredes de ladrillo, por las que resbalaba la humedad procedente del cercano canal, y una pequeña bombilla encendida al final de un cordón que pendía del techo.

Había una puerta cerrada y eso era todo. El sótano olía a infiernos por añadidura.

Volvió a cerrar el ojo y esperó

De modo que el inspector le había utilizado como a chivo expiatorio. Ahora sabía que todas aquellas muertes de ex combatientes norteamericanos estaban relacionadas, y que de algún modo esa casa de baños servía de ratonera. No obstante, algo no encajaba, algo no tenía sentido.

Eran centenares los ex combatientes que habían quedado en Japón. Unos aprovechando el dinero de las becas para soldados, y estudiaban en Universidades japonesas. Otros, como simples residentes con permisos limitados, y los menos, como él, de modo permanente. Muchos de esos hombres pasaban por las casas de baños. Decenas de ellos habrían frecuentado ésta sin duda..., pero sólo" habían asesinado unos pocos. Y ahora se disponían a matarle a él después de una sesión de tortura, si repetían el método seguido con los otros.

¿Cómo sabían a quién debían liquidar y a quién no?

De pronto se abrió la puerta y entró alguien. La puerta volvió a cerrarse y la llave giró. Los recién llegados acababan de encerrarse en compañía de su víctima.

Por entre los párpados entornados, Mike vio dos pares de pies calzados con zapatos baratos. Vio también el extremo de una cuerda de nilón con la que se disponían a atarle.

Justo cuando se inclinaban sobre él, pagó un brinco y quedó de pie.

La sorpresa paralizó unos instantes a sus dos adversarios. Sin duda, uno era japonés, pero el otro no.

Había visto miles y miles de vietnamitas en el pasado para no reconocer a uno cuando lo tenía delante.

—Caballeros, creo que ha llegado la hora de las explicaciones —dijo rechinando los dientes—. Me gustará mucho saber qué ciase de juego se traen entre manos.

Con un gruñido, el vietnamita le señaló y ambos se abalanzaron sobre él.

Shannon captó varios detalles en una fracción de segundo. El japonés mantenía los brazos curvos como un buen luchador. En cambio, el vietnamita atacaba a bulto con los puños por delante.

De un salto atrás esquivó la acometida. El japonés era el más peligroso de los dos y a él debía dedicar su mayor atención.

Balanceó el cuerpo inclinándolo hacia la derecha y su pie izquierdo adoptó la posición del *ura geri,* la patada trasera. En un fugaz instante, el pie de Shannon se hundió en el estómago del japonés.

Este dio un grito y doblándose retrocedió. Su voz salió silbante cuando advirtió:

—¡Karate, cuidado!

El vietnamita se detuvo en seco, abriendo y cerrando sus puños. Mike giró, adoptando la postura *Kiba Dachi o* del caballero del hierro.

Entonces atacaron juntos y veloces. Un puño muy duro le golpeó en un lado de la cabeza haciendo que sonaran campanillas en su cerebro, aunque no dislocó su postura. Luego, él disparó los brazos con la velocidad del rayo.

La parte posterior de su puño se estrelló como una maza en la boca del vietnamita. Rompió sus dientes y provocó una catarata de roja sangre y el hombre se fue hacia atrás aullando. Su otra mano con los dedos extendidos como lanzas, chocó contra el cuello del luchador. Fue un buen golpe *shuto,* pero el cuello del japonés estaba acolchado por duros músculos, además, él había lanzado dos golpes simultáneos, ninguno de los cuales llevó suficiente energía como para ser mortal.

No obstante, el japonés retrocedió ahogándose y boqueando angustiosamente.

La ira centelleaba en los ojos del japonés. Miró a su compañero que escupía sangre y dientes y gruñó algo imperativo. El vietnamita asintió y tras un instante saltaron contra Shannon procedentes de distintas direcciones.

Pudo parar al vietnamita con un golpe de mano-lanza al costado que le arrancó un angustioso alarido. El hombre se derrumbó chillando y revolcándose entre espantosos espasmos de dolor.

Pero el japonés consiguió cerrar sus manazas en la garganta del

adversario. Fue un apretón asesino. Sin ninguna duda deseaba terminar cuanto antes, matarle de una vez olvidándose en esta ocasión de la sesión de tortura a que, con toda seguridad, le habían destinado.

Boqueando, Shannon cambió su táctica a u*dewa.* Sus dedos tocaban la garganta de su adversario cuando sus propios brazos, cruzados, se estrellaron entre los antebrazos del japonés.

Como una cuña intentó separarlos de su cuerpo. Algo comenzaba a zumbar en su cerebro. Se ahogaba y los quejidos del vietnamita le llegaban como si vinieran de muy lejos.

Abrió los brazos y golpeó salvajemente los riñones de su enemigo con sus endurecidos filos. El japonés bramó de dolor y sus dedos aflojaron la mortal presa del cuello. Shannon aspiró aire casi ahogándose y repitió el doble impacto de sus manos contra los costados del oriental.

Este soltó al fin su presa y retrocedió tambaleándose, con dolores de agonía en los riñones. Entonces, el vietnamita le cayó encima por detrás y su peso le derribó.. Instantáneamente, las manos de Mike se cerraron en las, piernas del vietnamita. Violentamente Mike saltó hacia arriba y el pesado cuerpo de su adversario se elevó, dio una voltereta y acabó estrellándose de cabeza contra la pared.

Cayó sentado en el suelo, aturdido, chorreando sangre de su boca rota.

El japonés barbotó un feroz insulto y, encorvado, avanzó.

Shannon retrocedió paso a paso. Los pulmones le dolían y sentía la garganta como si la tuviera en carne viva, de modo que necesitaba un poco de tiempo para recobrar el resuello.

El japonés lanzó una patada lateral que sólo le cazó de refilón, pero el dolor fue tan intenso que casi le paralizó por unos instantes. Luego, con un grito gutural, su adversario saltó en el aire y otra patada lateral intentó acabar definitivamente con el combate.

Falló por media pulgada porque Shannon se tiró de bruces, rodó sobre sí mismo y se levantó echando chispas y pensando sólo en terminar de una vez porque empezaba a faltarle el resuello debido a su largo tiempo sin entrenamiento regular.

También el japonés resollaba como un fuelle. Adoptó una posición defensiva para recobrar el aliento, con los brazos preparados para bloquear cualquier golpe de Shannon.

Este lanzó una estocada con la izquierda. El japonés la bloqueó con relativa facilidad pero entonces su garganta quedó indefensa y todo sucedió en una fracción de segundo.

Shannon lanzó un golpe con el puño y esta vez no falló. Resultó algo más que un puñetazo porque el puño estaba perfectamente cerrado y el pulgar enroscado detrás de la articulación superior del dedo índice. De esta manera la segunda articulación sobresalía en

relación con las demás.

Con toda su fuerza, concentrando hasta la última partícula de energía en el golpe, esa especie de jabalina huesuda se estrelló contra la garganta del japonés, justo bajo su manzana de Adán.

El impacto resultó suave… siniestramente suave. El luchador no giró sobre sí mismo, ni retrocedió, ni hizo nada. Sólo se desplomó.

Su respiración se había paralizado en forma instantánea transformándose todo él en una masa retorcida, con la boca completamente abierta, jadeante.

Era una manera atroz de morir y Shannon lo sabía, de modo que por unos contados instantes le contempló igual que fascinado.

Entonces, el vietnamita le cayó encima por detrás y un brazo duro como el hierro se enroscó en el cuello de Shannon. La otra mano del oriental se cerró en la muñeca del brazo que apretaba y el dogal comenzó a ahogar a Mike poco a poco. Sintió una náusea espantosa.

Corto y maligno el codo de Shannon lanzó un gancho atrás, a las costillas de su enemigo. El apretón en el cuello disminuyó casi infinitesimalmente. Mike Shannon atrapó entonces la muñeca derecha de su adversario y el brazo fue obligado a descender para evitar que se rompiera. Inmediatamente Shannon se dobló provocando el levantamiento y el vietnamita salió disparado por los aires.

Pegó de espaldas contra la pared de ladrillo y emitió un alarido de dolor. Pero el tipo era duro y tambaleándose se levantó una vez más, echando espuma y sangre por la boca.

Shannon saltó hacia él con la mano derecha extendida hacia adelante. En un fugaz segundo vio el miedo en los ojos oscuros del vietnamita. Luego, el borde de la mano chocó con espantosa violencia contra el parietal de éste. Como si hubiese recibido un hachazo, el vietnamita cayó de costado con el cerebro acribillado por los fragmentos del hueso roto.

Shannon retrocedió tambaleándose. Buscó el apoyo de la pared y respiró profundamente a través de la boca abierta. Permaneció así más de un minuto mientras contemplaba los dos cadáveres tendidos en el suelo. Necesitó algún tiempo para recuperarse por completo y, al fin, se dirigió a la puerta, la abrió y subió la estrecha escalera.

Dio un par de vueltas en el piso donde había gozado de las delicias de Noriko sin encontrar rastro alguno de la bellísima masajista. Entonces descendió al vestíbulo y la sobresaltada mirada de pánico que sorprendió en los ojos de la pequeña recepcionista le aclaró algunas cosas.

—Esta vez, la fiesta ha tenido un final inesperado, pequeña víbora. ¿Dónde está Noriko?

—Se…, se fue.

—¿Adónde?

La asustada muchacha encogió los hombros. Su cara reflejaba un terror casi supersticioso.

—¿Adónde? —repitió Shannon, inclinándose sobre la mesa.

—Yo... no sabe.

—¡Sí sabes! ¿Se marchó sola?

No hubo respuesta, pero aquellos ojos aterrorizados resultaban tan elocuentes como un libro abierto.

—Salió acompañada. ¿No es cierto? ¡Responde o te arrancaré la cabeza!

—Con Takagi...

—¿Adonde se la llevó?

—No..., no sabe.

Shannon disparó la mano y atrapó los cabellos negros de la chica. La levantó en vilo y luego tiró, derribándola sobre la mesa.

—Te la ganaste, nena... Mira eso. Así he matado a esos dos monos allá abajo..., así te mataré a ti.

Puso el endurecido filo de la mano ante los ojos de la recepcionista. La sintió estremecerse y temblar sobre la mesa.

—A casa... de Noriko...

Su voz apenas se oyó.

—¿Dónde está la casa?

—En Neguro Doge... ¡Número doce! —chilló al ver levantarse la mano como un hacha.

—¿Qué pensaba hacer Takagi con Noriko?

—Yo..., yo… no...

—¿Sólo acostarse con ella? ¡Contesta!

—Ma... matarla...

Shannon se estremeció.

—Quiero saber muchas más cosas, maldita zorra. Cómo me eligieron, qué se esconde detrás de todas estas muertes... Pero el tiempo es corto. Ya hablaremos otra vez. Te encontraré.

Corrió hacia la calle. La tarde moría entre resplandores rojos y grises.

Vio pararse un taxi junto a la acera. De un salto estuvo al lado de la portezuela y la abrió.

El hombre llamado Takagi era de estatura mediana, cuello grueso y manos peludas con dedos como salchichas. Su cabeza casi rapada tenía forma de huevo y en cuanto a sus ojos eran dos simas negras y crueles que chispeaban con una mirada obscena y depravada.

Dio un grito y un golpe. El grito rebotó contra las paredes, pero el golpe tiró a Noriko dando tumbos sobre la cama.

Despavorida, la muchacha estuvo a punto de chillar, pero la voz ronca y letal del hombre la obligó *a* permanecer muda.

Noriko llevaba un hermoso kimono bordado, ceñido por un amplio cinturón de seda roja. El hombre se inclinó sobre ella y de un zarpazo le arrancó el cinturón, riéndose como un chacal.

Ella intentó retroceder hacia el otro lado de la cama con el pánico culebreando en sus pupilas. Takagi la atrapó por los cabellos y dio un salvaje tirón hacia él, arrastrando a la muchacha que debía morir.

Sólo que antes de matarla el asesino consideraba, sin duda, que tenía ciertos derechos.

Con la otra mano agarró el kimono, retorciéndolo. Dio un tirón y soltó los cabellos. La muchacha rodó a un lado y él se quedó con el hermoso kimono en las manos.

Se echó a reír. Dejó caer el kimono, inclinándose sobre la muchacha. Le habló rápidamente, provocándole aún más terror. Estaba diciéndole lo que haría con ella si no era sumisa. Las cosas horribles que pueden hacerse sobre un cuerpo humano con un cuchillo bien afilado.

Para dar credibilidad a sus palabras, sacó un cuchillo de resorte y con un chasquido la mortal hoja de acero saltó ante los desorbitados ojos de Noriko.

El acercó el cuchillo a la parte superior del bikini.

La afilada hoja cortó el tirante y el sujetador cayó como una mariposa muerta.

La hoja de acero desapareció de la vista de la muchacha cuando Takagi se guardó el arma. El dijo algo con voz ronca.

Noriko sacudió la cabeza de un lado a otro violentamente El levantó la mano y la muchacha se rindió.

El empezó a reír. Le gustaba ver el pánico reflejarse en la mirada de sus víctimas. Era un placer casi sensual verlas temblar, retorcerse, suplicar. Eso hacía que se sintiera fuerte y poderoso, con ese poder de vida y muerte que convierte a un hombre en una bestia.

Takagi no era más que una sucia bestia en aquellos instantes,

mientras se disponía a consumar su triunfo.

Estaba ya sobre la cama cuando la puerta del apartamento pareció estallar como una bomba. El estampido hizo saltar a Takagi hacia atrás, sobresaltado.

La puerta había saltado de sus goznes dejando paso franco a Shannon, que detuvo su carrera contemplando la escena.

—No creí llegar a tiempo —gruñó—. Apártate de ahí, Noriko...

La muchacha ahogó un grito de alegría y se acurrucó en el rincón más alejado del cuarto. Desde allí dijo:

—Tú, cuidado..., él tiene cuchillo...

—Pensaba matarte, ¿lo sabías?

—Sí...

—¿Por qué no lo hizo?

—Antes... debía ser suya...

—Comprendo. Un tipo aprovechado.

Takagi retrocedió para tener espacio donde moverse. Sacó el cuchillo y barbotó algo que Shannon no entendió muy bien, pero que se refería a sus entrañas puestas a secar al sol o algo así.

—Antes habrás de aprender mucho para hacer eso —dijo.

Takagi saltó hacia él como una flecha, con el brazo armado por delante. Si hubiera podido ensartar a Mike le habría atravesado de parte a parte.

Sólo que eso no era tan fácil. Shannon esquivó, atrapó el brazo armado, giró sobre sí mismo flexionando la rodilla derecha y aprovechando el propio impulso de su adversario lo levantó en el aire catapultándole contra la pared.

Entonces sucedió algo con lo que no había contado. En lugar de una pared sólida, Takagi sólo encontró una gran ventana en su camino. Hubo un tremendo estallido de cristales, un grito de terror y luego el japonés desapareció en el vacío que se hundía doce pisos más abajo.

Estupefacto, Shannon se acercó al ventanal y miró a la calle. Vio carreras y oyó gritos, mientras la gente comenzaba a rodear el oscuro bulto despatarrado en la calzada.

Tras él, Noriko musitó:

—¿Por qué?

El se volvió. La mirada dura de sus ojos trató de suavizarse.

—¿Por qué vine a sacarte del apuro?

—Sí. Tú..., tú dormido.

—No bebí aquel maldito whisky. Lo tiré a la bañera mientras tú buscabas las cerillas.

Noriko se quedó paralizada de estupor.

Mike Shannon rió entre dientes sin pizca de humor.

—Pensé que no iban a agradecerte tu colaboración cuando te vi

chillar, llorando por lo que iban a hacer conmigo. Por eso vine en cuanto pude.

—Ahora mi vida es tuya.

—No dramatices. Y larguémonos de aquí antes de que los policías suban a averiguar qué ha pasado.

—Estoy desnuda. Yo vergüenza.

—Pamplinas. Te gusta estar desnuda porque sabes que eres condenadamente hermosa. Y a mí también me gusta, dicho sea de paso. Pero ahora el tiempo apremia. Ponte algo encima, un vestido que no llame la atención, cualquier cosa...

Ella se desató en súbita actividad. En dos minutos se hubo enfundado unos pantalones y una camisa masculina bajo la cual sus agresivos senos quedaban un tanto desdibujados.

La calle hervía de gente excitada. Las cabezas se alzaban tratando de averiguar desde dónde había caído el hombre aplastado en el asfalto. Unos cuantos policías intentaban mantener el orden y empujaban a la gente lejos del cuerpo despatarrado y de la sangre.

Shannon tiró de la mano de Noriko alejándose del revuelo. Pasaron junto al coche que le había traído y cuando pasó un taxi libre, Mike le dio su propia dirección.

Tan pronto se acomodaron en el asiento, Noriko se acurrucó junto a él, alzó la cara y su boca fresca y turgente ardió de pronto en los labios del hombre como una llamarada.

* * *

Tener una casa grande, aislada por un pequeño jardín, en Tokio, está al alcance de muy pocos afortunados.

Mike Shannon la tenía. No era exacto que la hubiera comprado. Por lo menos, no de un modo ortodoxo.

Noriko paseó la mirada, en torno, estupefacta. Había finas porcelanas, y lacas enmarcadas en las paredes. Recargadas lámparas de cristal y jade centelleaban al encenderse y las gruesas alfombras formaban un mar mullido y de vivo color, salpicadas por almohadones, ricos *zabutones* para sentarse.

—¿Vives aquí? —balbució al final.

—Sí.

—¿Solo?

—Excepto fugaces ocasiones, sí, solo.

—Tú, muy rico.

—No empieces a hacer números, pequeña, porque las apariencias engañan. ¿Quieres beber alguna cosa?

—No. Pero tú sí bebe. Por favor.

—Siéntate donde quieras. Tenemos mucho de que hablar.

Shannon se preparó un generoso whisky. Acababa de dar el

primer sorbo cuando el armonioso campanilleo de la puerta le interrumpió.

—Tenemos visita —gruñó—, ¿Crees que pueden habernos seguido?

El pánico culebreó por la mirada de Noriko.

—¡No dejes que...!

—Tranquilízate. Ya es hora de hacer la guerra como es debido.

Se dirigió a un estante lleno de libros. Apartó algunos de los tomos y empuñó un *nunchaku.* En sus manos, la tremenda arma parecía aún más mortífera que de ordinario.

Con ella firmemente empuñada, Mike se encaminó a la puerta cuando el campanilleo se repetía.

Abrió bruscamente, alzando el *nunchaku* al mismo tiempo.

El inspector Matsuda se quedó mirándole.

Sólo dijo:

—Sus manos son armas mortales, señor Shannon. ¿Para qué necesita, además, ese aparatito.

—Entre. Las Artes Marciales no enseñan a luchar, solamente, con las manos desnudas.

Vio fugazmente a dos policías de uniforme que se quedaban fuera cuando cerró la puerta.

Matsuda se internó por la casa como si la conociera de toda la vida. Tampoco pareció sorprenderse lo más mínimo cuando vio a Noriko sentada muy quieta en un *zabuton.*

La saludó ceremoniosamente y volviéndose de costado, sin dar la espalda a la muchacha, esperó a que llegara Shannon.

—¿Y bien? —gruñó éste—, ¿Cuál era su gran idea, inspector?

—¿Puedo sentarme, por favor? Llevo un día muy agitado.

—Por supuesto.

Los dos se sentaron al mismo tiempo cruzando las piernas.

Con su voz tranquila y suave, Matsuda preguntó:

—¿Piensa tomar masajes a domicilio señor Shannon?

—De modo que también conoce a Noriko.

—Estamos investigando varias muertes, recuérdelo. Una de las víctimas fue vista por última vez en la casa de baños donde esta señorita presta sus servicios.

—Y que usted me recomendó de modo muy especial.

—Cierto. Ahora, le escucho. ¿Le prestaron un servicio satisfactorio? Aunque ésta es una pregunta estúpida, dado que se ha traído a la masajista a su propio domicilio.

—Es algo más complicado que eso.

—¿De veras? Cuénteme.

—No le importó a usted que yo arriesgara el cuello, ¿no es cierto, inspector?

—No comprendo.

—¡Ya lo creo que comprende! Me envió a las fieras consciente del riesgo que yo iba a correr y ni siquiera me advirtió. Tampoco vi que su gente apareciera cuando más falta hacía.

—¿De veras tuvo dificultades?

—¡Maldito sea usted, Matsuda! Lo sabe perfectamente. Si no, ¿por qué está aquí?

El policía suspiró resignadamente.

—Le diré... Uno de mis hombres le vio robar un coche y partir con él. Me avisó por radio y dio la matrícula del auto. Bueno, buscar un coche robado en las calles de Tokio es elevar al cubo las dificultades de la clásica aguja en un pajar... ¿No es así como se dice, señor Shannon?

—¿Y...?

—Decidí venir aquí con la esperanza de que usted hubiera llegado. En caso contrario le hubiera esperado. Pero mientras estaba en camino, la radio del coche dio cuenta de un lamentable accidente. Un hombre se había desplomado desde el piso doce de un edificio de apartamentos de Neguro Doge... De pronto recordé que en ese edificio habitaba una hermosa masajista de la casa de baños... Todo se encadenaba, ¿comprende?

—Perfectamente.

—Ahora le toca a usted. Ya sabe por qué vine.

—De acuerdo. Y ojalá usted sepa qué clase de ensalada es la que se está cociendo...

Breve y sucintamente, Mike Shannon hizo un detallado relato de cuanto había acontecido desde el momento que entró en la casa de baños. Cuando terminó, Matsuda sabía tanto como él.

—Es usted muy afortunado, señor Shannon —dijo el policía, asombrado—. ¿Qué le hizo sospechar del whisky que esta señorita le ofreció?

—Nada concreto. Pero la había oído discutir con alguien. Y cuando regresó estaba muy preocupada y asustada. Además, recordé .que ya me habían narcotizado otra vez... En fin, se dispararon los timbres de alarma.

Matsuda miró a Noriko recto a los ojos.

—Y después, el hombre que usted quiso narcotizar le salvó la vida... Eso la obliga hacia él de modo muy particular. ¿Quiere contarnos lo que sabe, ahora?

—No puedo decir mucho...

—Algo sabrá usted desde el momento que accedió a colaborar con unos asesinos.

—Sé que otro americano... ¿Podría hablar japonés? Sería más fácil.

Mike asintió.

—Entiendo tu idioma —dijo—. Continúa.

—Otro americano vino a los baños. No lo atendí yo, sino otra masajista.

Matsuda aventuró, esperanzado:

—¿Se llamaba Yoshiro?

—¡Sí! Ella le atendió. Después vi que lo sacaban dormido.

—¿No hizo usted nada después de ver cómo se lo llevaban?

—No. Usted es policía, sabe que hay poderosas organizaciones que controlan el crimen, la prostitución, el chantaje… Pensé que sólo iban a desvalijarle de todo el dinero que llevara encima. Hasta el día siguiente no supe que había muerto de una manera horrible. Los periódicos dijeron que fue encontrado en el canal…

—Cierto. Ahora piense bien la respuesta. ¿Habían cazado a otros americanos en la casa de baños antes de ese que usted vio?

—No, nunca.

—¿Y venían muchos?

—Sí… Diez, quince cada semana.

—¿Y nunca se interesó nadie por ellos?

—Nunca, excepto por ese desgraciado que murió.

Matsuda frunció el ceño, preocupado y desconcertado.

Luego dijo:

—¿Qué le dijeron hoy, referente al señor Shannon?

Ella se estremeció. Sus ojos almendrados se posaron en la cara atenta de Mike.

—Sólo llamaron a la puerta. Estaban allí el señor Ozawa y otro hombre que yo no conocía El señor Ozawa es el dueño de los baños… Me ordenó darle whisky drogado al americano y luego dejarle solo en el gabinete. Protesté y él me golpeó. El otro hombre dijo que me matarían si no obedecía, que se trataba de una cosa tan grande e importante que la vida de una cualquiera no tenía ningún valor… No pude negarme. ¡No pude negarme! —repitió a gritos.

Shannon rezongó:

—Nadie te acusa, de modo que cálmate. ¿No tienes idea de qué es eso tan importante?

—No.

El inspector refunfuñó:

—Lo que no comprendo es cómo y por qué razones eligen a ciertos americanos solamente, no a todos los que podrían caer en sus manos. Además uno de los que intentó matarle era vietnamita según usted.

—Seguro. Pero en casa de Yoshiro también hubo un chino.

—Ratas alquiladas. Pudieron haber pagado a un malayo, un hindú… Quién sabe. En cambio, ese vietnamita me preocupa. No hay

muchos en Tokio, y los que hay viven aislados, agrupados en una especie de clan. Hacen los trabajos más duros sin quejarse. Son gentes que necesitan trabajar para sostener a sus familias. Nunca he sabido de uno de estos refugiados que se convirtiera en criminal.

—Sea como fuere, inspector, trataron de cazarme a mí, después de haber asesinado a otros tres compatriotas míos. Nos eligieron de entre los centenares y quizá miles de americanos que se quedaron en Tokio después de aquella asquerosa porquería de Vietnam. Bueno, ¿por qué nosotros y no los demás?

—Si supiéramos esta respuesta estaría todo aclarado. O casi todo. Dígame, señor Shannon, cuando fue usted al establecimiento de baños..., ¿pensaba que podía sucederle algo como lo que le pasó?

—No. Pensé que usted tenía interés en que yo metiera las narices allí a causa del otro americano muerto.

—Y si hubiera sospechado el riesgo, ¿hubiera usted ido igualmente?

Mike arrugó el ceño.

—Creo que sí. No me gusta que maten a mis compatriotas.

—Entiendo perfectamente. Otra cosa, por favor. ¿Conocía usted a alguno de esos tres individuos que fueron asesinados? Ya le dije sus nombres, ¿recuerda? O'Brayan, Torrell y Morgan. ¿Les conocía usted?

—Cuando usted me habló de ellos fue la primera vez que oí sus nombres.

—¿No es posible que usted les conociera de Vietnam, que hubiesen combatido juntos y que ahora no recordase sus nombres?

—Pudiera ser...

Matsuda dio un vistazo a la hermosa muchacha.

—¿Qué piensa hacer ahora con ella? En cierto modo, usted se ha convertido en su garantía. Ella vive gracias a usted y no puede volver a su trabajo.

—Es todo un problema. De momento está bien aquí. Pero cuando ustedes hayan cazado al propietario de los baños ella estará segura.

—Tal vez..., o quizá no.

El inspector se levantó con gesto cansado. Mike no estaba dispuesto a que se fuera tan pronto.

—Espere un minuto —gruñó—, ¿Qué sacó del tipo llamado Inoguchi? Ya sabe, el del brazo roto.

—Muy poco. Ya le dije que esos hombres no hablan. Temen más las represalias de sus compinches que la cárcel. Confiesa que les ordenaron, a él y al chino Teng Li, sacarle a usted de aquella casa y llevarle a un pequeño garaje. Nadie les habló de la joven muerta. Al encontrarle consciente en lugar de desvanecido fue cuando obraron por su propia cuenta y riesgo. Eso es todo.

—Si yo tuviera a ese tipejo entre mis manos diez t> minutos, inspector, le aseguro que me diría todo lo que sabe.

Matsuda hizo una mueca.

—Es posible, señor Shannon, pero entonces yo perdería mi empleo. Estamos siguiendo varias pistas y es posible que alguna nos conduzca al sitio debido... Le informaré. Pero, por favor, no más muertos, ¿sí?

—Esa es una recomendación perfectamente inútil. No pienso dejar que me maten sólo para evitar que mueran algunas ratas más.

—Vaya con cuidado, señor Shannon...

Shannon asintió con un gesto.

—Lo recordaré —dijo, entre dientes.

Matsuda se dirigió a la puerta escoltado por Mike. Este cerró la puerta y permaneció unos instantes parado allí, preocupado y reflexivo.

Al fin regresó junto a Noriko.

—Ese tipo me pone nervioso —confesó, dejándose caer al lado de la muchacha—. Se guarda algo en el buche.

—¿Buche? No comprendo.

—Un as en la manga... ¿Tampoco comprendes? Bueno, olvídalo. Quiero decir que no es lógico cómo se comporta. Robo un coche, arrojo a un tipo desde la ventana de un duodécimo piso y apenas me interroga sobre todo ello. ¿Qué condenada clase de policía es, puedes decírmelo?

—Yo no sabe.

—No, claro. ¿Cómo podrías saberlo?

—Ya sabe otras cosas.

Mike rió entre dientes.

—Estoy seguro —dijo—. Mejores cosas.

—Muy mucho mejores.

Tendió los brazos, y demostrarle cuán «muy mucho mejores» eran las cosas que ella sabía le llevó la mitad de la noche.

* * *

Noriko le zarandeó sacándole de un sueño profundo y pesado. Parpadeó, sorprendido, pero no pudo evitar una sonrisa al contemplar sobre el suyo el bello rostro de la muchacha.

—Teléfono —dijo Noriko.

El apagado zumbido del aparato acabó de despejarle. Se levantó de la cama y atrapó el auricular.

—¡Hable! — gruñó.

—¿Señor Shannon? Soy el inspector Matsuda.

—Sí, reconozco su voz. ¿Qué ocurre?

—Por favor, venga a mi despacho cuanto antes, señor Shannon.

—¿Por qué?

—Hay algo que usted debe ver. Es importante.

—Bien..., tal vez tarde un poco. No hay taxis por estas cercanías.

—Me he tomado la libertad de enviar un auto en su busca. No tardará.

Se oyó un chasquido y la comunicación se cortó. Mike dejó el auricular y volviéndose contempló la fresca y alegre imagen de Noriko, sentada en el borde del lecho.

—Ese polizonte no debe dormir nunca —rezongó—. O quizá no tiene una Noriko en su casa...

—Ven.

—Olvídalo. Está a punto de llegar un coche de la policía y debo irme con ellos. Intentaré volver pronto.

Se duchó y de pronto el aroma de café recién hecho le envolvió como un vivificante perfume.

Acabó de vestirse y para entonces la muchacha tenía preparadas las tazas de café, que humeaban en la cocina.

—Empiezas a preocuparme, pequeña. No me gusta mucho jugar al hogar dulce hogar.«

—*¿Né?* No comprendo.

—Olvídalo. Me gusta que hayas preparado el café...

Apenas lo había saboreado cuando llamaron a la puerta.

La besó fugazmente y antes de partir le recomendó:

—No salgas, no admitas a nadie ni abras la puerta. ¿Entendido?

Ella asintió.

Fuera, dos policías uniformados esperaban junto a un auto-patrulla. Ni siquiera despegaron los labios.

En el trayecto hasta la Jefatura Central, Mike se maravilló una vez más de que, en medio de las atestadas calles de la ciudad, el veloz coche policíaco no provocara un centenar de accidentes, o aplastara a la multitud que sólo se abría ante él en el último segundo, como un arriesgado juego de feria.

La oficina del inspector Matsuda estaba en el corazón del aparato policíaco de Tokio. Hay puestos de policía casi en cada esquina, luego existen las oficinas policiales de distrito en cada área de la ciudad, y unidades de policía metropolitana. Es una organización delirante por su extensión y complejidad, gobernada desde un centro neurálgico al que Mike Shannon fue introducido aquella mañana de sol en la que la inmensa ciudad, sometida a su loco ritmo de todos los días, parecía mucho más trepidante que de costumbre.

Matsuda tenía mala cara. Aspecto cansado, círculos oscuros en torno a sus ojos que ya no parecían tan vivos ni tan alerta como de costumbre.

—Siéntese, señor Shannon —gruñó.

—¿Qué ocurre?

—Han matado a otro americano. Ex combatiente de Vietnam, lo mismo que los anteriores

Mike se estremeció

—¿Cómo se llamaba?

—Frank Mallet.

—Mallet...

—¿Le conocía usted?

—Es posible.

—Verá usted su cara. Tal vez le reconozca.

—¿Qué es eso de que veré su cara?

Matsuda se levantó. A pesar de su habitual frialdad no pudo contener un juramento. Luego dijo:

—Es todo lo que tenemos.

—¿Qué?

—La cabeza.

Shannon dio un respingo, levantándose.

—¿Quiere decir que sólo tienen la cabeza de ese individuo, que le decapitaron?

—Eso es exactamente lo que hicieron... aparte de algunas otras salvajadas. Venga conmigo.

Le siguió escaleras abajo. Un auto sin distintivos les llevó a la parte posterior del hospital y allí Mike se sumergió en una penetrante atmósfera de formaldehido, frío, silencio e indiferencia.

El macabro despojo estaba en el depósito. Shannon se quedó tan helado como la atmósfera al ver el reducido bulto sobre la camilla deslizante. Entonces, el empleado retiró la sábana y apareció una cabeza cercenada.

—¿Le reconoce?

Era difícil saber si lo había visto o no con anterioridad. La piel tenía una blancura absoluta y los ojos eran dos simas blancas y rojas y la boca un agujero crispado y oscuro.

—No estoy seguro... aunque creo que sí. Recuerdo estas facciones... ¡Dios! ¿Qué es lo que hicieron con él?

—Venga, por aquí.

Como si flotara, siguió al inspector hasta un reducido despacho. Allí tomó un sobre de papel grueso y de él extrajo otros papeles.

—Son las copias de los informes de quienes encontraron esa cabeza... y la fotocopia de la nota que había sujeta a los cabellos.

—¿Una nota?

—¿Lee usted el idioma vietnamita?

—No.

—Claro... Pero sí el japonés.

—Sí, perfectamente, a menos que sea demasiado clásico.

—Lea la traducción hecha por uno de nuestros expertos.

Mike tomó la fotocopia y leyó. Sintió erizársele los cabellos y hubo de apoyarse en la mesa, desbordado por aquella monstruosidad.

—¿Y bien? —murmuró el inspector.

—Le descuartizaron… estando vivo —casi se ahogaba—. Las manos, los pies… se las cortaron… y esos detalles horrendos que explican…

—No le cortaron la cabeza, hasta que ya estuvo muerto. Pero antes de eso… En fin, mire esa firma.

—No tiene ningún sentido para mí.

—Los que aún viven. Junto a esta nota, también prendida en los cabellos, encontramos la documentación de ese desgraciado. Así supimos su nombre.

—Los que aún viven… Es algo absurdo. ¿Quienes viven aún? Y además, escrito en vietnamita.

—Tal vez un grupo de fanáticos ha decidido seguir la guerra por su cuenta… Aunque es una tontería pensarlo siquiera. Si fuera algo así matarían a todos los norteamericanos que pudieran cazar, no sólo a unos pocos elegidos.

El inspector volvió a guardar los papeles y dejó el sobre encima de la mesa.

—¿No puede recordar si ese Frank Mallet formó parte de su misma unidad, señor Shannon?

—Le conocía, de eso sí estoy seguro ahora.

—Le mostraré las fotografías de los otros cadáveres que encontramos. Tal vez también los recuerde.

Regresaron a la oficina del inspector. Las tres fotografías de los cadáveres no eran tampoco para reanimar el espíritu de nadie teniendo en cuenta las especiales circunstancias de su muerte.

Mike las examinó una a una. Aquellos rostros, imaginándolos con otra expresión, eran rostros de hombres a los que había conocido anteriormente.

—Estuvieron conmigo en Vietnam —aseguró al fin—. No recordaba sus nombres, inspector, pero estas caras sí. De cualquier modo, nos conocíamos por el nombre de pila, o por apodos. A ése le llamábamos Sabandija, por el modo que tenía de arrastrarse entre la maleza…

—Me pondré en contacto con la embajada de su país, señor Shannon, y a través de ella pediré toda la información que puedan facilitarme sus mandos militares. Ahora ya no cabe duda de que se trata de una matanza programada.

—¿Una venganza de un grupo de vietnamitas?

—Pudiera ser.

—Absurdo. Deberían matar a casi medio millón de americanos…

esparcidos por todo el mundo. Algunos nos quedamos aquí, en Japón, pero otros eligieron Macao, Hong Kong, las islas de Java... Aparte del noventa por ciento que regresó a Estados Unidos. Nadie, por muy rematadamente loco que esté, puede pensar en eliminar a los que combatimos en esa estúpida guerra.

—Hay una relación a pesar de todo. Tenga mucho cuidado, señor Shannon, porque en su caso sabemos que a usted también le buscan.

—Eso es algo que no se me olvidará.,

—Estaré en contacto con usted. Ahora, el mismo coche que le trajo le devolverá a su casa.

—Un momento, inspector. ¿Qué hay del propietario de la casa de baños, ese tal Ozauia? Supongo que le echaron el guante.

—Aún no. Estamos rastreando la ciudad en su busca, pero hay tantos escondrijos, usted sabe...

—Ya veo. ¿Y la chica recepcionista? Ella estaba mezclada con este asunto hasta las cejas.

—¿Está seguro?

—Sabía que a Noriko la habían sacado de la casa para matarla. Hube de emplear la violencia para obligarla a hablar.

—Me ocuparé de ella también, aunque ahora la casa de baños está cerrada.

Disgustado, Shannon dejó al rector sintiéndose poco menos que el protagonista una cacería de patos, porque tal como estaban las cosas muy bien podían cazarle en el momento más inesperado...

Sentirse como un pato enfilado por el punto de mira de una carabina no era como para hacer feliz a nadie precisamente.

* * *

Mientras caminaba hacia el antiguo cementerio Tokugawa, que se extendía junto a la gran puerta roja del santuario, cerca del centro del parque Shiba, Mike Shannon intentaba encontrar una razón válida para las muertes que estaban produciéndose, una de cuyas víctimas potenciales era él mismo.

Una razón válida desde el punto de vista de un grupo de fanáticos chiflados, desde luego.

A pesar de que su mente giraba como un torbellino, hubo de reconocer que aquello era un esfuerzo superior a sus entendederas. Por más que pensara no había nada que hacer. Quien fuera que mataba de aquella manera salvaje, atroz, verdaderamente horrenda, debía estar tan loco como una regadera al elegir a unos cuantos tipos entre los centenares de miles de ex combatientes de Vietnam.

Pensó también en los que hasta entonces habían muerto. A medida que profundizaba en sus recuerdos surgían a la luz episodios

vividos en compañía de aquellos hombres, ahora muertos. Fugaces y terribles remembranzas de una guerra sucia y salvaje, absurda, que ninguno de ellos había deseado.

Al fin encontró la calle que buscaba. Altos edificios se alzaban entre alargadas construcciones comerciales. No era un lugar residencial precisamente,

Se detuvo ante una casa de cinco plantas. La calleja estaba casi desierta, pero las dos arterias que había a sus extremos dejaban discurrir un torrente de gentes apresuradas.

La escalera era estrecha, con peldaños de madera que crujieron bajo sus pies. Apenas llegaba la luz en esa especie de chimenea retorcida por la que ascendía. Cuando estuvo ante la puerta que buscaba aplicó el oído a la madera, pero no oyó nada dentro del piso.

Entonces llamó suavemente con los nudillos. Pasó un largo tiempo antes de que oyera pasos quedos y suaves al otro lado.

Una voz de mujer preguntó en japonés por la identidad del visitante. Mike gruñó algo ininteligible que no le comprometiera. Ella volvió a hablar atropelladamente.

Shannon golpeó la puerta otra vez con energía. Hubo un largo silencio y al fin la llave chirrió en la cerradura. Una cara pálida de ojos asustados le observó por la rendija. Instantáneamente la chica intentó cerrar de golpe, pero Mike introdujo el pie y luego empujó la puerta, colándose en el interior y cerrándola a sus espaldas.

—No me has olvidado, pequeña bruja.

Ella retrocedió paso a paso, mirándole con los ojos entrecerrados rebosantes de ira.

—¡Fuera! —barbotó.

—Sólo cuando hayamos charlado un poco, preciosa.

—*¡Baka!* Fuera de aquí...

—No soy tan idiota si he podido encontrarte. ¿Sabes que la policía está buscándote también?

—¡Salga!

Repentinamente giró sobre los talones, se precipitó al interior de la reducida vivienda y Mike oyó que descolgaba un teléfono.

La siguió cachazudamente. Ella estaba marcando un número con dedos frenéticos.

Shannon dijo:

—Si llamas a tus amigos, mejor será que lo pienses un poco. Yo te encontré, la policía te busca... Eres un riesgo para ellos, de modo que te liquidarán como hicieron con Yoshiro cuando quiso echarse atrás, y con Noriko porque protestó por lo que iban a hacer conmigo. Ya no podían fiarse de ellas... y ahora no podrían confiar en ti.

Ella se había quedado muy quieta, con el auricular en una mano y el dedo índice de la otra suspendido sobre el dial.

Poco a poco depositó el auricular en el soporte. Sus manos temblaban.

—¿Cómo… cómo me encontraste tú? —balbuceó.

—Noriko me dio estas señas.

—¡Mientes, Noriko está muerta!

El sacudió la cabeza.

—No. El asesino se entretuvo demasiado. Quiso jugar un poco con Noriko y llegué a tiempo. Tu amigo Takagi voló desde el piso doce hasta la calle. Te aseguro que no quedó muy presentable.

Muy despacio, ella cruzó las piernas y se deslizó al suelo, sentándose en la blanda alfombra de paja.

Mike añadió:

—También andan a la caza de tu patrón, el amigo Ozawa. ¿Sabes por casualidad dónde se esconde?

Ella sacudió la cabeza.

—No —susurró—. No sé nada.

—Esa actitud no te llevará a ninguna parte, Akita. Es así como te llamas, ¿no es cierto?

No obtuvo respuesta. Sacó un cigarrillo y lo encendió con parsimonia, tomándose tiempo porque el tiempo jugaba a su favor, minando la resistencia de aquella ambiciosa muchacha por medio del miedo y la incertidumbre.

Hasta que dijo:

—Míralo desde mi punto de vista, nena. Esos tipos que controlan este asunto no se andan con chiquitas a la hora de matar. Si un eslabón de su propia cadena flaquea, se debilita, lo exterminan y asunto resuelto. Eso hicieron con Yoshiro, y estaban dispuestos a hacer otro tanto con Noriko. Bueno, ahora tú te has convertido en el eslabón débil. No pueden permitir que te cace la policía, o que yo te encuentre, así que organizarán tu funeral. ¿Es eso lo que quieres, que te corten a tiras como hicieron con Yoshiro, y cómo se disponía a hacer Takagi?

Sobresaltada, ella levantó la cabeza para mirarle a la cara. Estaba tan blanca como el papel.

Pero no habló una palabra. Sus labios temblaban y el pánico comenzaba a burbujear en sus pupilas.

—Ayúdame y te protegeré. Salvé a Noriko. Puedo hacer lo mismo contigo.

Movió la cabeza, desesperanzada. Luego se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar mansamente.

Shannon esperó, fumando en silencio y mirando en torno para dejarla más libre de reflexionar a sus anchas.

Después indagó:

—¿Y bien?

—Usted piensa que yo sé muchas cosas, pero se equivoca.

—Tal vez. Tú sabías que pensaban cazarme a mí para matarme como hicieron con otro americano llamado O'Brayan.

—Sí...

—¿Cómo podías saberlo?

—Tenía fotografías.

El dio un respingo.

—¿Fotografías de ex combatientes de Vietnam?

—Supongo que lo eran. Jóvenes, todos americanos... Usted tenía su fotografía en mi carpeta.

—¿Cuántas había?

—Cincuenta y una.

—Cincuenta y un hombre todos condenados a muerte...

—El señor Ozawa me había ordenado que cuando alguno de aquellos hombres apareciera yo debía advertirle a él. Eso es todo lo que puedo decir.

—No creo que sea todo. Ozawa debía actuar por delegación de otra gente. ¿De quiénes, Akita?

—No lo sé.

—Mira, muchacha; yo no soy policía. ¿Entiendes? Puedo utilizar métodos muy desagradables para obligarte a colaborar... casi tan desagradables como los que emplean tus amigos.

Akita le miró con temor, pero sacudiendo la cabeza murmuró:

—No podré decir lo que ignoro.

—¿Viste a Ozawa en compañía de hombres vietnamitas?

—Sólo el que usted mató... en el sótano.

—Esas fotografías que guardabas, ¿qué clase de fotos eran? Ya sabes, grandes, pequeñas, de carnet...

—Eran de carnet. Todas habían sido arrancadas de algún sitio...

—Arrancadas, ¿eh? Me gustaría saber de dónde.

Ella se encogió de hombros. Sentada allí, sobre la estera de paja, parecía una niña desvalida, con su bonito y frágil cuerpo erguido y las piernas cruzadas.

Sólo que Shannon pensaba que de frágil no tenía nada.

—Tú aceptaste colaborar con esos tipos —dijo—. ¿Te pagaban mucho dinero por sentenciar a cincuenta y un hombres a una muerte horrible?

—No pagaban nada.

—Inventa otra historia, pequeña.

—No me pagaban dinero. Si no hacía lo que Ozawa quería, me mataban.

—Ya veo. Ojalá hayas dicho la verdad, Akita, porque de lo contrario volveré y vas a pasarlo muy mal.

—¿Vas a dejarme aquí?

—Es tu casa.

—Pero si es cierto que… que me busca la policía, ellos me matarán.

—Tienes un medio de evitarlo. Preséntate al inspector Matsuda y cuéntale tu historia. El te pondrá en un lugar seguro.

—Pero… usted dijo que me protegería.

—No lo mereces, pequeña bruja. ¿Olvidas que a O'Brayan le mandaste a la muerte? Y no hablemos de lo que preparaban para mí. Espero, de cualquier modo, que sepas ponerte a salvo.

Abrió la puerta, salió, y mucho tiempo después de que hubo desaparecido Akita continuaba aún inmóvil, en su postura hierática, mientras gruesos lagrimones escurrían por sus pálidas mejillas.

Al fin se levantó secándose los ojos. Miró en torno como si fuera la primera vez que veía ese pobre apartamento, y después se encaminó a la habitación de dormir.

Era pequeña, de una estera. Descorrió un panel y aparecieron algunas prendas de ropa colgadas de unos clavos. Eligió algunas, las metió de cualquier manera en una bolsa de lona, y tras otro vistazo a lo que iba a abandonar, salió a la calle cabizbaja, dominando el miedo y el llanto, en busca de un futuro que se le ofrecía lleno de incógnitas.

Apenas había doblado la esquina, un auto pequeño, negro, se detuvo en el callejón. De él descendieron dos hombres silenciosos que tras mirar a un lado y a otro, entraron en la casa y rápidamente subieron hacia el apartamento de Akita.

En otros tiempos había en Tokio un gran cuartel llamado Hardy. Eso fue en tiempos del matadero de Corea. Después, lo cerraron y sólo quedó un grupo consultor militar del ejército de Estados Unidos. Finalmente, también ese grupo desapareció y los cuarteles Hardy fueron devueltos a los japoneses, a quienes pertenecían. Los cuarteles Hardy estaban situados en Roppongi central.

Si aún hubiera existido ese grupo de consultores militares, las cosas hubiesen sido mucho más fáciles para Shannon, porque en la actualidad todas las instalaciones militares norteamericanas en Japón eran unas pocas bases desperdigadas en alguna que otra isla, y una oficina anexa a la embajada donde las cosas de rutina funcionaban con tanta lentitud como habían funcionado desde los tiempos de Jefferson.

El individuo que atendía a los visitantes llevaba los ˆgalones de sargento, tenía cara de niño y con toda seguridad no había oído un tiro en su vida.

—¿Los ficheros, señor? —dijo, asombrado—. Temo que no comprendo sus deseos.

Shannon suspiró pacientemente.

—¿Mire, jovencito, cuando nos echaron de Vietnam había unos ficheros muy completos de todos nosotros. Estaban en la oficina del Estado Mayor de Operaciones. Esos ficheros fueron trasladados aquí, a Tokio. ¿Está claro, hasta aquí? Bueno, todo lo que yo deseo saber es si todavía existen, o fueron destruidos, o trasladados a Estados Unidos. ¿Qué le parece, es muy complicado eso para usted?

El joven sargento enrojeció de cólera ante la voz burlona del visitante. Pero ignoraba de quién pudiera tratarse y optó por contemporizar.

—Me informaré —dijo—. Aguarde un minuto.

Desapareció tras una puerta. Mike encendió un cigarrillo, y ames de que lo terminara el sargento apareció de nuevo.

—Pase —dijo con evidente disgusto—. Hablará con el comandante Hays.

Shannon pasó ante el jovenzuelo y se encontró en un despacho austero y cómodo. Un hombre de unos cincuenta años estaba sentado detrás de una mesa. Vestía el uniforme de comandante y llevaba sobre el pecho varias cintas de otras tantas condecoraciones.

—Siéntese, por favor —gruñó.

Sus ojos aburridos examinaron a Shannon con suspicacia.

—¿Le ha informado el sargento de lo que deseo, señor?

—No ha sido muy explícito. Algo relacionado con ciertos ficheros, si no me equivoco.

—Existían en mis tiempos.

—Aún existen, pero sólo los de las unidades especiales.

—Dígame, comandante… ¿Nunca han tenido dificultades con esos ficheros?

—¿Qué clase de dificultades?

—Bien… un asalto, por ejemplo.

La mirada del militar se volvió súbitamente alerta y cautelosa.

—¿Por qué menciona usted un asalto, señor Shannon?

—¿Lo hubo, señor?

Tras una pausa, el comandante gruñó:

—Sí. Nos originó un tremendo papeleo.

—¿Cómo sucedió?

—Mataron al sargento encargado del archivo. Lo revolvieron todo y al principio pensamos que los asaltantes creían encontrar dinero en aquellas oficinas. Dos días después, cuando se consiguió poner orden en el revoltijo de fichas y papeles, vimos que algunas de esas fichas habían sido* sustraídas. No se llevaron nada más. Cabe decir que tampoco podían llevarse otra cosa, porque dinero no lo había.

—Entiendo. ¿Consiguieron descubrir a los asaltantes?

—No, jamás fueron detenidos, a pesar de que la policía japonesa nos prestó toda su colaboración. Y ahora, si no le importa, ¿puede decirme por qué se interesa usted por un asunto como éste?

—Primero, comandante, quisiera saber cuántas fichas fueron robadas. ¿Cincuenta y una acaso?

El militar se quedó boquiabierto.

—¡Condenación! —barbotó—. ¿Cómo lo sabe usted, Shannon?

—Y todas pertenecientes al mismo Comando de Operaciones Especiales…

—Cierto, pero insisto, ¿cómo lo sabe usted?

Shannon se echó atrás con un suspiro.

—Necesitaban las fotografías de esos hombres y sus nombres también. ¿Le han informado de los asesinatos ocurridos últimamente, señor?

—Si se refiere a esos súbditos estadounidenses, la policía japonesa ha informado a nuestra embajada, por supuesto.

—Todos esos hombres pertenecían a ese comando cuyas fichas fueron robadas, señor. Y yo también, dicho sea de paso. Ya han intentado matarme aunque fallaron, afortunadamente para mí.

El comandante se quedó boquiabierto. Tardó unos segundos en captar toda la monstruosidad que se ocultaba detrás de aquel asunto.

—Shannon, preferiría equivocarme…, pero ¿quiere dar a

entender que alguien, los ladrones de las fichas, han sentenciado a muerte a cincuenta y un hombres, ex combatientes de nuestro ejército?

—Exactamente, señor.

—No puedo creerlo.

—A mí también me cuesta admitirlo, pero las evidencias no ofrecen dudas. Nos están cazando uno a uno.

—Pero ¿por qué? Es demencial, un auténtico delirio esquizofrénico…

—Ignoro por qué, desde luego, pero hay vietnamitas aquí dirigiendo esta operación. Pagan a algunos japoneses para que les ayuden, gentes del hampa sin duda.

—Entonces debemos prevenir a todas las posibles víctimas. Y hacerlo inmediatamente…

—No veo cómo podrán hacerlo, comandante, si las fichas desaparecieron.

—Voy a pedir de inmediato una relación de nombres al cuartel general del Pentágono. Allí debe haber copias de esas fichas. O en su caso las hojas de alistamiento…

—Comprendo. Ojalá consiga usted evitar esa matanza, comandante. Ahora, por lo menos sabemos a quiénes han sentenciado.

—Usted incluido, señor Shannon.

—Yo puedo cuidarme por mí mismo ahora que estoy avisado.

El militar le observó con el ceño fruncido. Luego, como a regañadientes, sonrió.

—Si —comentó—, creo que usted puede cuidarse solo…

Salió de detrás de la mesa y acompañó a Shannon hasta la puerta. Allí se despidió de él y estrechó su mano.

Mike Shannon ya estaba fuera cuando el comandante Hays aún sentía un leve escalofrío, producido por la dureza de aquellas manos que sin ninguna duda podían resultar más mortíferas que una pistola.

7

Se llamaba Jimmy Kennet y había estado asquerosamente borracho. También había hecho confusamente el amor con una muchacha a la que apenas recordaba y al fin estaba recobrando el conocimiento.

Recordaba vagamente que alguien le había sacado del lecho de esteras y que le habían arrastrado sobre el piso de madera. Los vapores del alcohol le habían sumido entonces en una embrutecida inconsciencia y hasta esos momentos en que regresaba al mundo de los vivos ya no recordaba nada más.

Vio que estaba tirado sobre un suelo de cemento. Parpadeó y miró en torno y sólo vio unas paredes de ladrillo desnudo, húmedas y sucias, casi tanto como aquel suelo.

En el centro del aposento había una mesa de madera y algunas sillas viejas. Del techo colgaba una bombilla desnuda que producía una luz amarillenta y débil.

Se sobresaltó al darse cuenta de que le habían atado las manos y los pies a la espalda. Estaba, por lo tanto, retorcido y tirado de lado.

Comenzó a preocuparse. Desde luego, debían haberle limpiado los bolsillos mientras estuvo inconsciente. Pero si sólo habían querido robarle, ¿por qué tomarse la molestia de atarle y trasladarle a un lugar tan sórdido como ese en que se hallaba?

La puerta que había en un ángulo se abrió y entraron cinco hombres. Uno llevaba una pequeña caja parecida a las de herramientas de un coche.

Jimmy Kennet les miró estupefacto. Tal vez aún estuviera borracho, de otro modo no comprendía cómo cinco vietnamitas vestidos con los conocidos harapos de los guerrilleros vietcongs podían aparecer de pronto ante sus ojos en pleno corazón de Tokio.

Les miró uno a uno, asombrado. Había visto millares de hombres como aquéllos, la mayoría cuando ya estaban muertos, porque en la guerra era casi imposible verlos vivos, de cerca, y seguir respirando.

—¿Qué infiernos significa esto? —barbotó, aturdido.

Cuatro de aquellos individuos eran bajos, fornidos y de rostros inexpresivos. El quinto era un poco más alto, delgado y fibroso. Por alguna extraña razón, Jimmy Kennet le miró a él cuando insistió:

—¿Qué es lo que pretenden?

—Me llamo Tam Quan.

—¿Y qué?

—Vamos a matarte, perro.

Jimmy se revolvió, súbitamente aterrado.

—¿Matarme? —balbuceó—. ¿Estáis locos, maldita sea?

Tú formabas parte del comando que realizó el asalto a Huan Tay.

—Maldito sea si sé de qué estás hablando. Hace años que aquella porquería terminó.

—Recuerda. Es preciso que recuerdes y sepas por qué mueres.

—¡Estás loco de remate! ¿Qué he de recordar?

—Vosotros lo llamasteis «Operación Caimán».

—Cada operación de nuestro comando tenía un nombre clave. Realizamos decenas de...

Su voz se quebró de pronto y una mirada sobresaltada apareció en sus ojos.

—Ya recuerdas —dijo el vietnamita—. Piensas en ello, hijo de puta, porque ahora somos nosotros quienes tenemos una misión especial. Acabar con todos vosotros.

El pánico impidió que Jimmy Kennet dijera una sola palabra.

Tam Quan gruñó una orden en su idioma y dos de sus acompañantes levantaron a Jimmy del suelo. Un corte de cuchillo cortó la cuerda que sujetaba sus tobillos a las muñecas y le obligaron a enderezarse.

—¡Espera! —chilló—. No sé qué es lo que persigues, pero si quieres dinero puedo conseguirlo... más del que nunca viste en tu vida.

—¡Dinero!

El vietnamita escupió al suelo con desprecio.

Sus dos compañeros levantaron en vilo a su prisionero arrojándolo de bruces sobre la mesa. El busto quedó encima y las piernas colgando. Entonces le ataron un tobillo a cada parta de la mesa y con otra cuerda le sujetaron el cuerpo aplastado contra el tablero.

—¿Qué vais a hacer? —barbotó casi sin voz.

Tam Quan no replicó, sólo habló con sus compañeros. Uno le desató las muñecas, pero antes que pudiera hacer el menor movimiento, dos de ellos le sujetaron los brazos férreamente, extendidos sobre la mesa, y se los sostuvieron allí tan fijos como si estuvieran sujetos con argollas de hierro.

Otro, el que llevaba la caja de herramientas, la abrió. Acercó una silla a la mesa y dejó la caja encima, abierta. A juzgar por el contenido de la caja y la actitud pausada y segura del hombre, hubiera podido tomársele por un operario profesional disponiéndose a realizar un trabajo de carpintero.

Primero sacó un martillo, que dejó sobre la mesa. Luego, de entre las herramientas, eligió unos largos clavos de hierro enmohecido.

Nadie hablaba. Kennet miraba los preparativos con ojos desorbitados.

Entonces, Tam Quan dijo:

—Puedes gritar todo lo que quieras. Este sótano es profundo, y el edificio de encima está deshabitado. Nadie podrá oírte, sólo nosotros. Y estamos aquí para oír tus gritos... ¡Queremos que grites, perro!

El operario tomó el martillo y un clavo. Apoyó la punta del clavo en la muñeca derecha de Jimmy Kennet y éste aulló:

—¡No, oh Dios, no... por favor, no...!

El martillo subió y bajó. Se oyó el golpe de metal contra metal y las palabras de Kennet se convirtieron en un alarido penetrante, agudo y enloquecido.

El martillo golpeó otra vez, y otra, y el clavo se enterró por completo hasta el punto de que el tercer martillazo aplastó hasta los huesos.

Jimmy se retorció, chillando, sacudiendo la cabeza y golpeándose con ella contra la mesa a cada alarido infrahumano que profería.

Otro clavo fue apuntando sobre la muñeca izquierda mientras los vietnamitas le sujetaban férreamente. Los golpes del martillo no pudieron ahogar esos gritos, esos rugidos demenciales que expresaban todo el dolor del mundo y más.

Tam Quan dijo con voz seca:

—No gritas bastante, perro. ¿Me oyes? ¡Grita, grita, maldito!

Pareció que Jimmy obedecía la orden, porque sus aullidos subieron de tono cuando nuevos clavos se hincaron en la parte ancha de sus manos...

Golpeaban duro, y los clavos, uno tras otro, se hundían.

Kennet vomitaba y aullaba al mismo tiempo, y rugía suplicando piedad. La única respuesta que obtenía eran más martillazos... estaban clavándole los dedos uno a uno, triturando huesos, llenando de sangre la mesa.

—¡Así, grita, grita! —repitió Tam Quan, ceñudo.

De un zarpazo atrapó los cabellos de su víctima y tiró hacia arriba, levantándole la cabeza para verle la cara.

—¿Recuerdas, hijo de puta, recuerdas? ¡Di que lo recuerdas todo! ¿Me oyes?

La cara de Jimmy estaba sucia de vómito. Hilos de saliva sucia escurrían de su boca jadeante y los ojos parecían saltarle fuera de las órbitas.

Los gritos y alaridos se convirtieron en desgarrados sollozos.

Quan hizo una seña al «carpintero».

—¡Sigue, ahora brazos arriba!

—¡NOOOO...!

Ahora los clavos eran más largos y más gruesos. Cuando el primero se hundió, triturando el hueso, Kennet chilló de tal modo que parecía imposible que una garganta humana pudiera producir aquel sonido.

Luego perdió el conocimiento.

El vietnamita detuvo el martillo y miró a Quan, interrogante.

Este sólo gruñó:

—¡Sigue!

De manera que continuó.

Ya no le sujetaban, no era necesario porque estaba tan clavado a la mesa que ya jamás el americano podría moverse.

El dolor salvaje le devolvió a la vida con ahogados alaridos. Su cabeza al golpear contra la madera le aplastó la nariz y nueva sangre se unió a la primera convirtiendo la cara en una máscara de sangre y vómito, una máscara de horror sin nombre.

Se desmayó otra vez, y la infernal agonía le hizo recobrar el conocimiento y perderlo de nuevo, para volver a gritar ya sin voz, hasta que el último desvanecimiento se prolongó tanto que Tam Quan detuvo la tortura con un gesto.

Volvió a sujetarle por los cabellos empapados de sangre y sudor y levantó la cabeza.

—Está vivo —dijo en su idioma para que le comprendieran sus compañeros—. Esperad que se recobre. Quedan muchos clavos todavía. Tú, vendrás conmigo para traer al otro.

Uno del grupo asintió, apartándose.

Dios un vistazo a su víctima. Apenas respiraba y un ronco y torturado jadeo escapaba de su boca abierta y crispada.

—Continúa cuando se recobre, pero quiero que esté vivo cuando traigamos al otro americano. Quiero que el otro le vea morir. Vamos.

El y su ayudante salieron del sótano. Subieron una estrecha escalera hasta el ruinoso edificio destinado a ser demolido para elevar en su lugar un moderno bloque de viviendas, y atravesando por entre los escombros salieron a una sórdida calle de la que la noche había alejado hasta a las ratas.

Caminaron silenciosamente hasta una arteria iluminada. Tenían un coche oscuro esperando. Tam Quan se sentó al volante, y cuando ya estuvieron rodando por el centro de la calzada, su silencioso acompañante preguntó;

—¿Qué haremos con la mujer, si aún está con el americano?

—Qué pregunta más estúpida...

El otro calló.

De cualquier modo no necesitaba más aclaraciones para saber que aquella mujer debía morir.

Aquella mujer era Noriko.

Cuando llamaron a la puerta, Noriko intentaba explicarle a Mike Shannon su completo asombro por su manera de vivir, su desconcierto después de haber contempla el increíble jardín donde florecían las más exóticas flores del mundo.

Para ella, y para la mayoría de cuantos conseguían intimar con el americano, resultaba un extraño misterio la personalidad de aquel hombre en cuya vida parecía anidar la más salvaje violencia personificada en sus manos, en sus pies, en su férrea mente, capacitadas para matar, y su extraordinaria delicadeza en aquel mundo exótico, fragante y de mil colores donde crecían y vivían las más delicadas galas de la naturaleza.

Noriko se interrumpió mientras Shannon abría la puerta.

El inspector Matsuda entró con su cara de cansancio y sus ojos que habían perdido una gran parte de su agudeza.

—Hemos encontrado a Ozawa, señor Shannon. Ya sabe... el dueño de los baños.

—Esa es una buena noticia. ¿Qué ha confesado?

—Nada. Estaba muerto. Degollado.

Mike se estremeció. Matsuda saludó a Noriko con una leve sonrisa y después, cruzando las piernas, se dejó deslizar al suelo quedando sentado sobre la alfombra.

Mike le imitó. Dijo:

—Pequeña, creo que el inspector agradecerá una taza de café bien cargado...

Matsuda asintió.

—Gracias. Café muy fuerte, por favor.

—De modo quo han liquidado otro eslabón de su maldita cadena de sangre.

—Así es.

Shannon encendió un cigarrillo después de ofrecerle al policía y ambos saborearon el tabaco instantes antes de que Matsuda explicara;

—El cuerpo degollado de Ozawa apareció en un callejón sucio y oscuro. No le quitaron nada, sólo le mataron. Llevaba en el bolsillo una libreta de notas en la que había las direcciones de sus empleadas, entre otras cosas. Así descubrimos también el domicilio de la joven de quien usted nos habló. Se llama Ahita.

Mike ocultó el gesto de preocupación.

—¿La interrogaron?

—No. Había desaparecido.

—Un momento...

—Le diré que en esta ocasión no creo que la chica haya sido asesinada. Verá usted, señor Shannon; el apartamento de esa mujer estaba en desorden. Al parecer lo habían registrado. Pero no había sangre ni ninguna otra señal de que alguien hubiera sido lastimado, y usted ya sabe cómo trabajan esos bastardos, ¿verdad? Matan salvajemente y no se preocupan de disimular las huellas del crimen, mucho menos la sangre.

—Tal vez se la llevaron para matarla en otra parte.,.

—Lo dudo. Conseguimos la ayuda de una joven vecina,. Echó una mirada y aseguró que faltaba una bolsa de viaje, de lona, y algunos vestidos de Ahita. Eso me hace pensar que la chica huyó por su pie, y que cuando fueron a buscarla ya había desaparecido.

—Ojalá fuera así

—Hay algo más, señor Shannon —dijo el inspector con voz cansada—. Antes de veinticuatro horas recibiremos una lista de todos los americanos que viven en el Japón. Quiero que usted la vea y seleccione entre todos ellos los nombres que le recuerden a alguien conocido.

Shannon sacudió la cabeza.

—Haré algo mejor que eso, inspector. Le proporcionaré los nombres de los cincuenta y un americanos sentenciados a muerte por esos hijos del infierno. Todo su trabajo será localizarlos cuanto antes, y ponerlos a salvo.

Matsuda perdió por un instante su pétreo dominio de sí mismo. Su rostro acusó el sobresalto y estuvo a punto de levantarse de un brinco.

—¿Cincuenta y uno? —barboteó—. ¿Está loco?

—Espere que le cuente.

Noriko apareció trayendo grandes tazones de café negro. Los dos hombres lo saborearon mientras ella se mantenía apartada, silenciosa y sumisa.

Cuando hubieron terminado murmuró:

—¿Más?

El policía suspiró y asintió con un gesto,

—Creo que necesitaría una bañera de café para quitarme el sueño y el cansancio…

Noriko recogió los tazones vacíos y se dirigió a la cocina.

Fuera, un pequeño coche oscuro se detuvo en silencio más allá de jardín. Dos hombres se apearon…

Matsuda dijo:

—Adelante, señor Shannon, cuénteme.

Mike explicó su visita al comandante Hays, el robo del fichero y la desaparición de las fichas de los cincuenta y un hombres que, formando lo que durante la guerra se llamó un Comando de

Operaciones Especiales, estaban ahora sentenciados a morir,

—Todas las víctimas que ha habido hasta ahora han sido viejos combatientes de ese comando, como yo mismo —terminó—. El comandante Hays habrá pedido ya los duplicados de esas fichas al Cuartel General.

—Es increíble la audacia de esos individuos... Asaltar los archivos del Ejército de Estados Unidos sólo para obtener las fotografías y los nombres de sus víctimas.

Quedó en silencio unos minutos asimilando la monstruosidad que significaba aquel número de sentenciados a una muerte espantosa y salvaje.

Noriko en la cocina preparaba el café cuando se abrió la puerta silenciosamente y dos hombres saltaron dentro. Ella intentó gritar y antes que lo consiguiera el más alto de los dos volteó la mano y la golpeó cuando ella trataba de retroceder.

El filo de la mano se estrelló contra la cabeza de la muchacha. Los ojos de Noriko giraron en las órbitas hasta mostrar el blanco absoluto y luego ella se desplomó en los propios brazos del que la había golpeado.

Tam Quan la depositó suavemente en el suelo.

No habían producido el menor ruido. Hizo una seña con la cabeza y se internaron en la casa. Tam Quan no llevaba arma alguna. El otro empuñaba una pistola.

En la sala Mike Shannon comentó:

—Si ahora han matado a Ozawa significa que ya no confían en los hombres que había contratado porque no me cabe duda que se trata de vietnamitas. Debieron necesitar ayuda del hampa para iniciar su acción pero no pueden esperar que unos simples delincuentes actúen con su entrega y eficacia con la misma ciega determinación de quienes deben obrar empujados por una demencial sed de venganza.

Matsuda se encogió de hombros. Iba a replicar cuando una voz a sus espaldas dijo:

—Tiene usted razón, perro.

Se volvieron en redondo, aún sentados en la alfombra.

Matsuda dio un salto, levantándose y hundiendo la mano entre las ropas en busca de su arma.

Tam Quan gruñó:

—¡Mátalo!

La pistola de su ayudante vomitó una llamarada. Matsuda giró sobre sus pies y se desplomó de bruces.

Dando un rodeo, Tam Quan se le acercó, le dio la vuelta con el pie y le quitó la pistola de reglamento, que arrojó despectivamente a un rincón.

—Aún vive —dijo en inglés—. Le mataré a mi modo...

—Es un inspector de policía, si eso te interesa,

—Lo sé. Y no me interesa.

—¿Qué ha pasado con la muchacha?

—Ya no debes preocuparte por ella. Preocúpate por ti, puerco.

—Estoy preocupado, más de lo que imaginas. Aunque ahora es posible que pueda saber a qué se debe toda esta bárbara matanza.

—¿Hablas de barbarie, tú, asesino de mil muertes?

Shannon se levantó despacio, sin el menor gesto agresivo.

—Alguien debe haberse vuelto loco.

El vietnamita asintió.

—Vosotros —dijo rechinando los dientes.

—¿Por qué?

—Lo sabrás. ¡Debes saberlo para saber también por qué mueres! Y verás un ejemplo de cómo vas a morir.

Mike sacudió la cabeza.

—Habrá que matarme aquí porque no voy a entregarme. Ni por esa pistola, ni con un cañón. Habrás de pelear, hijo de perra, o matarme a tiros.

Tam Quan hizo una mueca casi divertida.

Entre dientes gruñó una seca orden y su cómplice se guardó la pistola sin una réplica.

Mike Shannon les miró asombrado.

Una leve mueca distendió las huesudas facciones de Tam Quan.

—Vi los hombres a los que mataste, en los baños de Ozawa. Utilizaste el arte del karate… y ahora esperas hacer lo mismo.

—Por lo menos, haré todo lo que esté en mi mano.

—No conmigo. Yo soy hombre ducho en ese arte. Puedo matarte sin esfuerzo, pero sólo te quebraré, perro, porque debes morir de otro modo, y ver por tus ojos lo que te espera.

—¿Qué debo ver?

—Hay otro perro de tu comando esperándote. Aún no ha muerto… espero. Le verás.

Shannon dirigió un vistazo al otro vietnamita. Calculó que aquel hombrecillo escuálido y corto de estatura no era un verdadero budoka desde el momento que necesitaba ayudarse de una pistola. A menos que volviera a empuñarla no debía preocuparse demasiado de él.

Pero sí del que hablaba. Era un individuo frío y cerebral, doblemente peligroso por su rígido dominio de la mente y la voluntad.

Entonces, Tam Quan avanzó, tranquilo, seguro, preparándose para el combate.

—No te mataré —repitió—. Tu muerte debe ser larga, y tus gritos deben elevarse como una plegaria a los muertos.

—Muy bien, gritaré. Pero, ¿por qué, a qué muertos he de elevar esa maldita plegaria?

—A los de Huan Tay.

Mike se quedó helado.

—Huan Tay... —musitó—, ¡Dios del cielo! Es por eso...

—«Operación Caimán» se llamó..., le disteis un nombre. Nos costó meses y meses de paciente búsqueda saber qué comando la había ejecutado.

—Comprendo. Ahora comprendo esta locura de sangre y salvajismo... y la firma de aquella nota... *Los que aún viven.* ¿Cuántos son los que aún viven?

—Cinco, perro. Todos nosotros estamos aquí, en Tokio. No estábamos en la aldea aquella noche... por eso aún vivimos.

Mike estaba ahora desbordado por la situación y el aluvión de atroces recuerdos que acudían a su mente.

—Voy a decirte algo... ¿Cómo te llamas?

—Tam Quan.

—Voy a decirte algo, Tam Quan. Lo que pasó en la aldea de Huan Tay fue un error. Nuestro servicio de información se equivocó. Dijeron que en ella había un centenar de guerrilleros ocultos, bien pertrechados y entrenados para operar detrás de nuestras líneas. Nos ordenaron eliminarlos.

—Explicarte ahora no te servirá de nada.

—No espero que me sirva, no te pido piedad. Sólo quiero que lo sepas, y que sepas también que ese episodio ha llenado de dolor y de asco mi corazón y mi cerebro desde entonces. Fue la causa de que nuestra unidad desapareciera...

—Debió haber desaparecido antes de Huan Tay. ¡Cien guerrilleros! ¡Había más de cien seres humanos allí! ¡Hombres viejos, mujeres y niños! Ni uno sobrevivió.

—Lo sé. Fue como en Mi Lay, sólo que nosotros fuimos allí engañados.

Tam que se encorvó un poco hacia adelante, los pies firmemente asentados en el suelo, las manos firmes a los costados apuntando hacia su adversario.

—Ahora sabes por qué te haremos pedazos, perro —dijo, por entre sus dientes apretados.

—Bien, si es así como lo quieres. Aquella noche jamás se borró de mi pensamiento... Nos dieron orden de atacar en silencio... por sorpresa... Utilizamos los lanzallamas después de haber rodeado la aldea... Fue un infierno que apenas duró dos minutos...

El atroz recuerdo le paralizó por unos instantes.

Desde el suelo, el inspector Matsuda abrió los ojos y miró la escena. El pecho le ardía y sentía la sangre deslizarse por su piel.

En aquel instante, con un agudo grito, Tam Quan saltó. Lanzó el pie derecho contra la cara de Shannon y éste cayó de cabeza y

únicamente se salvó al amortiguar su caída con un rodamiento oblicuo hacia adelante. Reptó un instante y se levantó de espaldas aún a su adversario.

El vietnamita fue hacia él resuelto y seguro, dispuesto a una presa común con la que terminar pronto.

Mike giró de pronto y pegó una patada atrás. Su pie se hundió entre las piernas de Tam Quan. El gruñido que emitió semejó el resoplido de una locomotora. Se fue hacia atrás, encorvado y jadeante.

Ahora sus ojos brillaban con una extraña luz. Comprendía, por fin, que tenía ante sí a un adversario digno de su quinto grado.

Mike quiso aprovechar su ventaja y atacó amenazando su cuello con un golpe-lanza.

Súbitamente sintió aferrada su mano. Tom Quan le hizo girar y puso su antebrazo en la articulación del codo. Obligó a Shannon a doblarse hacia adelante aplicando una palanca completa al codo. Iba a romperle el brazo y entonces sus problemas habrían terminado y se llevaría al americano a aquel sótano de horror.

Empujando ferozmente la cadera izquierda a un lado Shannon sujetó el brazo derecho de Quan con su mano libre y cambió su maniobra a una palanca simple. Al mismo tiempo tiró de él con todas sus fuerzas y lo derribó.

Tam Quan botó como una pelota de goma, avanzó como un rayo y proyectó la pierna entre las de Mike. No fue un golpe capaz de paralizar a su adversario ni eso era lo que Quan quería.

Hizo palanca y combinando sus esfuerzos efectuó un lanzamiento de muelle y atrapó a Shannon contra su costado izquierdo, donde le golpeó los riñones con el filo de las manos.

Una puñalada de dolor recorrió el cuerpo de Shannon como una advertencia de lo que podía esperar. Retrocedió para recobrar el aliento.

Matsuda miraba fascinado aquella lucha y ni siquiera advertía su propio dolor.

El otro vietnamita, impávido, semejaba una estatua ajena a cuanto sucedía.

Tam Quan avanzó unos pasos. Por la posición de sus pies, Mike adivinó que se preparaba para una patada. Se encogió y juntó las rodillas en el instante en que Quan atacaba. Fue un ataque rápido como un relámpago. El pie atacante pareció cambiar de dirección en el último segundo y en lugar de dirigirse a los testículos subió como un proyectil dirigido al mentón del adversario. Shannon apenas tuvo tiempo de ladear la cabeza y el pie sólo le golpeó bajo la oreja, pero aún así le dolió como un mazazo.

Pero ese ataque le había aproximado a Quan lo suficiente para que le golpeara con el codo aquella cara ahora tensa y contraída.

Fue un buen golpe y Quan cayó de rodillas. Shannon disparó la pierna y su zapato voló contra aquel rostro cetrino. Tam Quan se echó atrás, pero el tacón del zapato cortó limpiamente su ceja y la sangre se deslizó instantáneamente por su mejilla.

Saltó violentamente. Ahora parecía haber perdido una parte de su segura frialdad. Shannon pensó que era el momento de forzar el ritmo y amagó un golpe *shuto* al cuello del vietnamita.

Tam Quan saltó hacia atrás como si fuera a tirarse de espaldas, pero tan pronto sus manos tocaron el suelo su pierna derecha se disparó como un muelle y le pegó a Mike en las costillas y casi se las rompió. El dolor fue una vorágine de locura y retrocedió alejándose de Quan para recobrar el aliento y calmar aquel dolor de infierno.

Pero ahora Tam Quan sabía que no podía darle cuartel, y menos si debía calcular sus golpes para no matarle y llevarle vivo al sótano. Así que se precipitó hacia él y el filo de su mano golpeó una vez más las castigadas costillas de Shannon. Esté se dobló instintivamente y como por ensalmo. Quan estaba detrás de él y le atrapó con el brazo izquierdo. Los dedos de su derecha oprimieron salvajemente los nervios bajo la oreja, detrás de la mandíbula. El brazo izquierdo le soltó y la mano de aquel brazo repitió la operación en el otro costado de la cara. La presión causó un choque nervioso en el americano. Seguía cada vez más dura, más implacable, paralizando los nervios. Si seguía, Shannon supo que estaba perdido.

Sus ojos se nublaban, y los dedos mortales continuaban hundiéndose en el hueco nervioso más y más.

Desde el suelo, Matsuda jadeó. Hubiera querido gritar, pero él también estaba sin aliento.

Shannon levantó los brazos. Un mar embravecido parecía rugir dentro de su cráneo y todo se volvía confuso.

Sus manos atraparon los cortos cabellos de su enemigo. Se aferraron a ellos, se echó hacia adelante y con las últimas fuerzas que le quedaban proyectó a Quan por encima de él librándose así de aquella mortal presión.

El rugido de su cabeza continuaba cuando proyectó un golpe de mano-lanza contra la garganta del vietnamita.

Tam Quan saltó lejos con un chispazo de pánico en sus ojos, ahora furioso.

Así que ése era su punto flaco, su nuez de Adán...

Instantáneamente, Mike Shannon supo lo que tenía que hacer si quería vivir. Aunque estaba el otro silencioso espectador, y aún tenía una pistola.

Saltó en torno a Tam Quan como si buscara el modo de atacarle, pero sus saltos le llevaron cerca del otro enemigo, desprevenido en su papel de espectador del combate.

Entonces, inopinadamente, Mike disparó la mano y el filo golpeó el parietal del vietnamita desprevenido. Sonó un crujido y el hombre se desplomó mientras los ojos giraban en sus órbitas y se teñían con una oleada roja de sangre.

Tam Quan rugió, enfurecido, y atacó. Tal vez ya no pensaba siquiera en llevarse vivo a su adversario...

Mike pudo esquivar esa primera embestida. Colocó la mano recta frente a él, los dedos extendidos semejantes a barras de hierro. Lanzó suaves estocadas dirigidas a la garganta del adversario viendo que había acertado en sus cálculos. Tam Quan sólo esquivaba, concentraba ahora sus esfuerzos a salvaguardar su nuez de Adán del golpe que podía matarlo.

Estaba tan ocupado protegiendo su cuello que Shannon disparó un golpe que nunca en otras circunstancias el vietnamita. Su mano saltó hacia arriba y en su viaje se doblaron todos los dedos excepto el medio y el índice. Esos fueron los que se hundieron en los ojos de Quan.

Se hundieron tanto que casi le costó un esfuerzo retirarlos. Los globos oculares reventaron con un extraño, sordo y nauseabundo chapoteo. Tam Quan echó la cabeza atrás, aullando ahora. Su garganta quedó desguarnecida y obrando por puro y salvaje instinto, Shannon disparó una vez aquella mano con los dedos extendidos y hubiera sorprendido a un luchador experimentado como rígidos.

El golpe hundió la laringe hasta la parte posterior de su garganta.

Mike Shannon saltó hacia atrás, encorvado, los brazos doblados a los lados dispuesto a un nuevo ataque si era necesario.

Pero el combate había terminado.

Tam Quan emitía un espeluznante gorgoteo en su lenta y atroz agonía. Los brazos le colgaban fláccidos a ambos lados del cuerpo. Intentó hablar mientras caminaba lentamente en un círculo irregular, pero de su garganta sólo salió más sangre y un líquido espeso como mucosidades verdosas.

Sus ojos reventados despedían también una mezcla nauseabunda y rojiza, mientras el hombre daba aún vueltas, ahogándose con su propia sangre, incapaz de llevar ni una partícula de aire a sus ardientes pulmones que amenazaban con estallarle en la más espantosa agonía imaginable.

Desde el suelo, Matsuda gimió:

—¡No le deje sufrir de ese modo, maldito sea usted!

Mike miraba fascinado aquel espectáculo cruel y salvaje que helaba la sangre en sus venas. Quan emitía sonidos sordos, guturales, agonizantes por su laringe rota.

—¡El mismo se lo pediría si pudiera! —rugió Matsuda, incapaz

de levantarse, estremecido, lleno de náuseas por lo que estaba viendo —. ¡No le deje morir así...!

Tam Quan apenas podía sostenerse, pero aún daba círculos ciegos, balanceando los brazos, la cara inundada de sangre y mucosidades de todas clases, como si se le estuviera vaciando el cuerpo por los ojos, la nariz y la boca.

Repentinamente, Shannon saltó en posición. Sabía lo que el propio Tam Quan le hubiera suplicado si hubiese podido. Preparó un ataque de revés y esperó mientras Quan iniciaba el que iba a ser su último círculo de tortura. El brazo derecho de Mike permanecía recto a través de su pecho. La mano era como el filo de un hacha preparada para el sacrificio. Por el rabillo del ojo vio aproximarse aquel cuerpo casi inerte. Apoyó firmemente el pie derecho ligeramente adelantado y al mismo tiempo lanzó el salvaje tajo con el filo de la mano. La mano pareció zumbar al cortar el aire y luego conectó un golpe demoledor, preparado hasta la última onza de su fuerza.

El golpe acertó en el punto preciso entre los ojos del vietnamita. Todo lo que se oyó fue el crujido de la parte inferior del hueso frontal. Tam Quan cayó fulminado y por el modo como rebotó su cabeza sobre la alfombra Shannon supo que había muerto instantáneamente.

Mike retrocedió tambaleándose. El estómago le golpeaba en la garganta como si quisiera escapársele por ella.

Matsuda jadeó;

—No quisiera, ver otra vez... nada parecido...

—Llamaré un médico, y una ambulancia, ahora.

—Llame a mí despacho, pero antes vea a la muchacha.

De un salto Mike se precipitó a la cocina.

Un sólo vistazo le bastó para comprobar que la pobre Noriko había muerto instantáneamente el recibir el golpe-hacha en la cabeza.

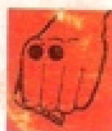
Regresó al salón con un extraño vacío dentro de él, como si de pronto hubiera quedado solo en un mundo hostil, sucio y miserable, desamparado en el centro de un universo de dolor.

Se inclinó sobre el inspector para examinarle la herida del pecho. Casi no oyó su voz cuando musitó:

—Noriko ha muerto...

Se levantó, descolgó el teléfono y llamó primero al hospital...

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de u puñado de esforzados personajes que ha puesto sus conocimientos en ARTES MA CIALES al servicio del BIEN y de la JUST CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exteri de la fuerza vital que todo hombre pos y que los BUDOKAS han sabido potenci hasta límites asombrosos, como un hi más, alcanzado en el transcurso del du camino emprendido en pos de la perfe ción, tanto física como moral.



APARICION SEMANAL. ASEGURE L RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Espa

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTA

Impreso en Espa